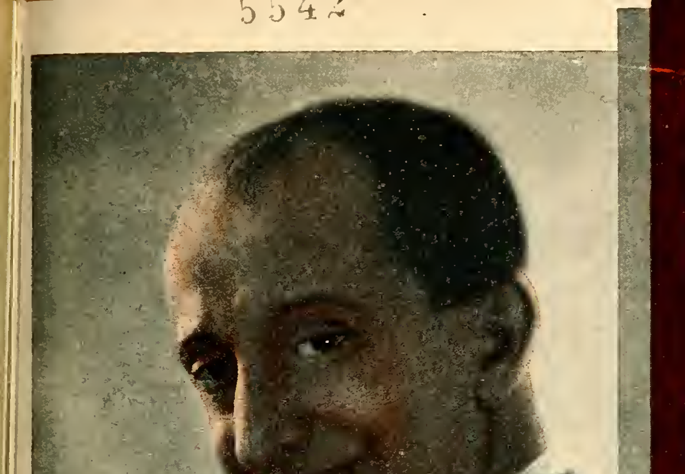
5542



LA FARSA

50 CTS.

EL HOGAR

NOVELA ESCÉNICA DE FERNANDEZ DEL VILLAR

Cubierta

de

este

número:

Luis Manrique

notable

actor

de

la

Compañía

del

María Isabel

JOSE FERNANDEZ DEL VILLAR

EL HOGAR

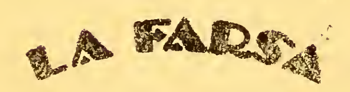
NOVELA ESCENICA, DIVIDIDA EN UN PROLOGO, TRES CAPITULOS Y UN EPILOGO

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro María Isabel el día 26 de marzo de 1932.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS





AÑO VI || 28 DE MAYO DE 1932 || NUM 246
MADRID



A JACINTO BENAVENTE

cima del arte, dramaturgo genial, gloria de España.

Con el sincero afecto y la profunda admiración de su devoto amigo,

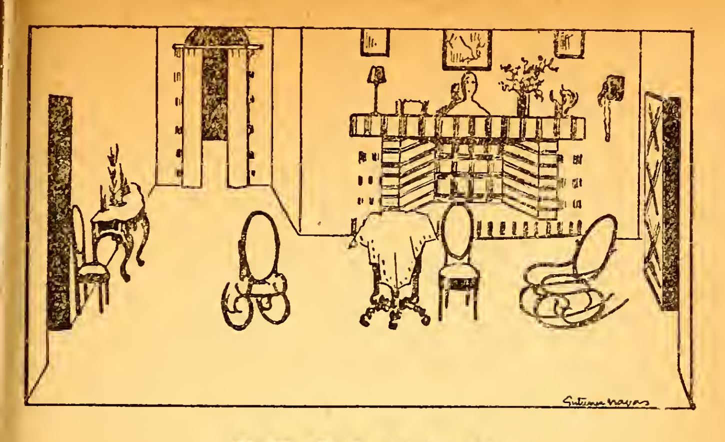
J. FERNANDEZ DEL VILLAR

R E P A R T O

PERSONAJES	ACTORES
Isabel de la Oliva..........................	María Banquer.
Marcela	María Bru.
Carmita Berrocal.............................	Isabel Garcés.
Paloma..	Adela Santaularia.
Santiago Rivera...............................	Manuel Collado.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Las indicaciones, del lado de los intérpretes.



PROLOGO

Estamos en el vestíbulo o recibidor del piso que en una casa moderna del barrio de Salamanca ocupan la señorita Isabel de la Oliva y su vieja servidora Marcela. A la izquierda, en primer término, portón de entrada al piso, y en segundo término una ventana con reja abierta a la escalera, por donde entra la luz en el recibidor. Entre el portón y la ventana, aparato de teléfono adosado a la pared. Al fondo izquierda, un perchero; al foro derecha, un pasillo cuyo hueco de entrada cubre un tapiz. A la derecha, en primer término, una puerta con cortinas, y en segundo término, una consola antigua con retratos familiares, un reloj de mesa y algunas figurillas de buen gusto. En el centro de la escena, un velador con tapa de mármol. Pendiente del techo, sobre el velador, una lámpara de luz eléctrica. Cuadros al óleo. Suelo de parquet. Sillería de rejilla, y a cada lado del velador una mecedora. Es de día, mediada la mañana de un día luminoso de mayo.

(*Al levantarse el telón está la escena sola. Dentro se oye el timbre de la puerta del piso. A poco, alzando el tapiz que cubre la entrada del pasillo, aparece la simpática figura de MARCELA, una mujer ya metida en años, pero que aun se yergue fuerte y vigorosa, como si no hubiese pasado de los cuarenta. Viste de negro y habla con el característico ceceo de la gente del pueblo andaluz. Coincidiendo con la salida de Marcela, en el reloj que hay sobre la consola suenan diez campanadas.*)

MARCELA.—(*Dirigiendo la vista hacia el reloj.*) ¡Digo! Las diez ya y esa pícara niña sin vení... ¡Es que se eternisa en la iglesia! (*Dentro se oye otra vez el timbre de la puerta del piso.*)

¡Va! ¡Va! *(Abre Marcela el portón del piso, y en el umbral aparece PALOMA, la portera de la casa, una mujer todavía joven, servicial, campechana y agradable, pero curiosa y entrometida como todas las de su oficio. Lleva un pañuelo blanco atado a la cabeza, unos zorros al hombro y en las manos una escoba y una carta.)*

PALOMA.—Buenos días nos dé Dios.

MARCELA.—Güenos los tenga usté, portera. ¿Qué se le ofrese?

PALOMA.—*(Dándole la carta.)* Esta carta pa la señorita Isabel.

MARCELA.—¿Quién la ha traído?

PALOMA.—El cartero.

MARCELA.—Y ¿ha tocao er pito?

PALOMA.—No, señora. Como es del interior, me la ha dejao a mí pa que la suba.

MARCELA.—*(Soltando la carta encima del velador.)* ¡Por eso!

PALOMA.—¿No está la señorita en casa?

MARCELA.—Salió a las siete pa oí misa en er Cristo y esta es la hora en que no ha vuerto, lo cua que me extraña, porque ya sabe eya que a las diez ha quedao su tío Migué en pasá a recogerla...

PALOMA.—Dígame usté, señora Marcela, pero ¿es que se marcha, por fin?

MARCELA.—Esta mañana, si Dios quiere.

PALOMA.—Don Miguel ¿es el general?

MARCELA.—Sí, señora.

PALOMA.—¿Se va, entonces, a vivir con su tío el general?

MARCELA.—La familia ha pensao que, como don Migué tiene dos hijas de la edá de Isabelita, poco más o menos, ayí estará más a gusto el ánger mío.

PALOMA.—¿Son muchos los hermanos de su difunto señor?

MARCELA.—Cuatro: un varón, que es este don Migué, er mayó de tos, viudo hase seis años, y tres hembras; doña Matirde, la más joven, casá con un comersiante de telas de la plasa Antón Martín, y doña Elena y doña Justina, beatas las dos y sorteronas las dos, que viven juntas en un pisito de la caye der Sacramento.

PALOMA.—¡Gachó! Pos, ya es raro que, siendo tantos, no se haya visto a ninguno por aquí hasta hace cuatro días, que no hará más que vinieron tos a visitar a la señorita.

MARCELA.—Peleaos como estaban con don Gaspá... ¡Usté carcule! Ha sío presiso que er pobresito mío se muera pa que los hermanos hayan dao al orvido cuentas de otros tiempos.

PALOMA.—El disgusto creo que fué con motivo del casamiento de su señor. ¿No es eso?

MARCELA.—Eso mismo. Porque don Gaspá, siendo moso y estu-

diando en San Fernando su carrera de marino, se enamoró de una mujé que no era de su clase, y sin atendé a los consejos ni a conveniensias, se casó con eya. Esto sólo bastó pa que sus hermanitos le volvieran la esparda.

PALOMA.—¡Hija, qué orgullo!

MARCELA.—No lo sabe usté bien. Como que esta famiia de los Oliva no ha tenío nunca más que eso: orgullo y vanidá. ¡Fanfarria! ¡Ya ve usté qué les importaría que la cuñá fuese de clase humirde, si era más güena y más desente y más honrá que tos eyos reuníos!

PALOMA.—¿Usté la conoció?

MARCELA.—No sólo la conosí, sino que fuí su amiga; más que su amiga, su hermana y su to en este mundo. Con eya me crié y con eya viví, sirviéndola hasta que murió. ¡Pobre Manola Castro, la mejó de las mujeres de la Isla!

PALOMA.—Era muy guapa, ¿verdad usté?

MARCELA.—¡Una onsa! Y más flamenca que un pañoliyo de crespón. ¿Ve usté la niña, que es un so? ¡Pos más hermosa toavía era la madre! (*Dirigiéndose hacia la consola.*) ¡Fíjase usté! Aquí hay un retrato suyo que se hiso en Cadi un año antes de morí. ¡Fíjase usté qué prenda de mujé! (*Dentro suena un timbre, y Marcela se detiene.*) ¿Eh?

PALOMA.—El timbre del ascensor. Puede que sea la señorita. (*Se asoma a la ventana que da a la escalera.*)

MARCELA.—O quisá su tío.

PALOMA.—No, señora, que es ella.

MARCELA.—¡Vaya! Menos mar; que ya me tenía intranquila su tardansa.

(*Por la puerta del piso entran en escena ISABEL DE LA OLIVA y su amiga CARMITA BERROCAL. Isabel viste de luto riguroso, y Carmita de claro. Ambas son jóvenes y bellas, pero de distinto carácter; el de Isabel es tranquilo, apacible, melancólico, y el de Carmita vivo, franco, alegre. Las dos vienen de misa, tocadas con velitos y traen en la mano sendos libros de oraciones.*)

ISABEL.—Buenos días.

PALOMA.—Buenos días, señorita Isabel y la compaña.

CARMITA.—Buenos días.

ISABEL.—(*Haciéndole una caricia a Marcela.*) ¡Chachín!...

MARCELA.—¡Qué horitas, hija!

ISABEL.—Perdóname, pero me encontré en la iglesia con Carmita y hemos ido a hacerles una visita a las madres del Colegio.

MARCELA.—¡Por vida de las visitas a las madres! ¿Sabes tú que me escaman ya a mí tantas visitas?

ISABEL.—Tranquilízate, mujer, que no me meto a monja.

MARCELA.—Güeno, güeno...

ISABEL.—Supongo que el tío no habrá venido.

MARCELA.—Hasta ahora, no.

ISABEL.—Me alegro. Traía una comezón temiendo que estuviese esperándome... ¡Siéntate, Carmita!

CARMITA.—No, mujer, que es tardísimo.

ISABEL.—¡Como tienes esas obligaciones que cumplir!...

CARMITA.—¡Eso te creerás!

ISABEL.—¿Tus sobrinos?

CARMITA.—Antes de las doce he de haber arreglado a los dos mayores para que vayan con su padre a misa.

ISABEL.—Ya se cuidará de ello su madre.

CARMITA.—¡Pobre hermana mía! Si alguien no le ayuda, con tanto chico...

ISABEL.—(*Dándole a Marcela el libro de oraciones.*) ¿Quieres dejarme esto en mi cuarto? (*Marcela coge el libro y se dirige hacia la puerta de la derecha.*)

PALOMA.—¿Y la carta, señora Marcela?

MARCELA.—(*Volviéndose, cogiendo la carta que dejó sobre el velador y entregándosela a Isabel.*) ¡Es verdá, hija! Toma, Isabé. (*Vase por la derecha.*)

ISABEL.—(*Mirando el sobre.*) De la madre superiora, dándome el pésame por la muerte de papá. Ya me lo ha dicho ella.

PALOMA.—¡Si supiera la señorita qué disgusto se llevó también anoche el señorito Santiago cuando se enteró de su desgracia!...

ISABEL.—Pero, ¿ha vuelto el señorito Santiago?

PALOMA.—Anoche vino; de París de Francia. Me dijo que hoy pasaría por aquí para saludar a la señorita.

CARMITA.—(*A Isabel.*) Ese Santiago, ¿es tu vecino?

ISABEL.—Sí.

CARMITA.—(*Cambiando con Isabel una mirada de inteligencia, que no pasa inadvertida para Paloma.*) ¿El?...

ISABEL.—(*Ruborosa, atajando a Carmita.*) ¡Sí, mujer, sí!

PALOMA.—¡El marido ideal pa la señorita!

ISABEL.—¡Vamos! ¿Se quiere usted callar? ¡Pues así que no es difícil pescar al vecinito! Enemigo más acérrimo del matrimonio no se encuentra en el mundo...

PALOMA.—Porque le falló la novia al hombre cuando estaba pa casarse con ella...

ISABEL.—¡Por lo que sea! Lo cierto es que huye del casorio como de la muerte y que apenas comienza a interesarle una mujer pone tierra por medio y no vuelve hasta que se le pasa el arrechucho. De ahí sus viajes y sus largas ausencias.

CARMITA.—¡Madre, qué tipo! Oye, y ¿qué fué lo de la novia?

ISABEL.—¡Si te lo he contado, Carmita!

CARMITA.—¿A mí?

ISABEL.—¿No te lo he contado? Pues te lo cuento ahora; es igual. Este Santiago Rivera, vecino mío, es muchacho soltero, rico y sin familia, que podrá tener treinta y dos años a lo sumo; no tiene más. Hace ocho o diez se enamoró de una mujer con toda su alma, la quiso con locura... ¡Hay que oírle hablar de ella cuando habla! Todo estaba dispuesto para el casamiento. La víspera de la ceremonia, un amigo de Santiago le puso en antecedentes de cierta historia retrospectiva que no dejaba muy bien parado el honor de la que iba a ser su esposa al día siguiente. Por lo visto, las confesiones del amigo lograron comprobarse, la boda se deshizo, y a partir de entonces Santiago se encerró en una misoginia de la que no hay quien le haga salir ni con la ayuda de Dios Padre.

CARMITA.—Algún convento, ¿no?

ISABEL.—¿Cómo?

CARMITA.—Donde dices que se encerró.

ISABEL.—¡No, mujer! ¡Que se hizo misógino!

CARMITA.—Ya. Te advierto que sigo sin enterarme.

ISABEL.—Pero, ¿no sabes lo que es misógino? Contrario a la mujeres, rival nuestro...

PALOMA.—¡Vaya! ¡Eso sí que no! El señorito Santiago será lo que se quiera; raro, metío en sí, estrambótico... ¡Pero es muy hombre!

ISABEL.—Y, ¿qué tiene que ver? Se puede ser muy hombre y ser misógino.

PALOMA.—¡Ah! ¿Sí? Yo me creía que no. ¡Y es que, a la verdad, se ve por ahí cada *misómijo* con trinchera!... (*Las muchachas se ríen. Dentro, hacia la izquierda, se oye la voz de SANTIAGO RIVERA.*)

SANTIAGO.—(*Dentro.*) ¿Portera? ¡Paloma!

PALOMA.—¡El es! Ya le tienen ahí las señoritas.

SANTIAGO.—(*Dentro.*) ¡Portera!

PALOMA.—(*Saliendo por el portón.*) Mándeme el señorito. ¿No quiere pasar el señorito? Está la señorita Isabel con una amiguita suya...

ISABEL.—(*A Carmita.*) ¡Vamos! ¡Esta mujer!...

CARMITA.—¡Déjala! (*Santiago Rivera, un hombre de gallarda apostura y distinguidos ademanes, correctamente vestido con un elegante traje de mañana, aparece a la puerta del piso, seguido de Paloma. Al ver a Isabel, Santiago se quita su sombrero y avanza hasta ella, estrechándole las manos, que ella le tiende, con efusiva cordialidad.*)

SANTIAGO.—Perdón. No sabía... ¡Isabel!

ISABEL.—(*Conmovida.*) ¡Santiago!

SANTIAGO.—¡Válgame Dios, criatura, válgame Dios! Anoche me informó Paloma de lo ocurrido. Crea usted que lo he sentido de todo corazón.

ISABEL.—Lo sé, Santiago; lo sé.

SANTIAGO.—(*Saludando a Carmita con una inclinación de cabeza.*) Señorita...

ISABEL.—(*Haciendo la presentación.*) Mi amiga y compañera de colegio Carmita Berrocal. Santiago Rivera.

SANTIAGO.—A sus pies.

CARMITA.—¡Mucho gusto!

PALOMA.—No ha dao lugar el señorito a que le llame...

SANTIAGO.—No. He dormido mal. Entre la excitación del viaje—veinte horas de tren— y la impresión que me produjo la noticia de la muerte de su padre, apenas si he podido pegar los ojos. ¡Pobre don Gaspar! Es que no se hace uno a la idea...

PALOMA.—Yo, si los señores no me necesitan...

SANTIAGO.—Para nada, Paloma.

ISABEL.—Muchas gracias.

SANTIAGO.—(*Dándole una llave a Paloma, que saca de un bolsillo.*) Tenga la llave de mi cuarto.

PALOMA.—Con permiso de los señores. (*A Santiago.*) Luego subiré a arreglarle la cama al señorito.

SANTIAGO.—Cuando guste. (*Vase Paloma por la izquierda, sin cerrar el portón.*)

ISABEL.—¿No quiere sentarse, Santiago?

SANTIAGO.—¿Eh? (*Por la derecha vuelve MARCELA.*)

MARCELA.—¡Caramba, a quién tenemos aquí!

SANTIAGO.—¡Hola, Marcela! ¿Cómo está?

MARCELA.—Pa servirle. ¿Cuándo se ha venido?

SANTIAGO.—Anoche.

MARCELA.—¡Usté siempre viajando!

SANTIAGO.—Siempre, no. Cuando me aburro únicamente.

CARMITA.—Y, al parecer, se aburre usted con mucha frecuencia.

SANTIAGO.—No. ¿Por qué?

CARMITA.—Tengo entendido que se pasa usted la vida corriendo mundo...

SANTIAGO.—¡No tanto, señorita! Procuro—eso sí—no enmohecer el espíritu en el mismo ambiente.

CARMITA.—¡Feliz usted!

ISABEL.—Santiago es un alma viajera.

CARMITA.—Yo también.

SANTIAGO.—¿Le gusta a usted viajar?

CARMITA.—Mucho.

SANTIAGO.—¡Ah! ¿Conoce usted Francia? *(Carmita va diciendo a todo que no con la cabeza.)* ¿Alemania? ¿Inglaterra? ¿Rusia, quizás? ¿Acaso América?

CARMITA.—No, señor. Por la estación del Mediodía he llegado hasta Pinto. En cambio, por la del Norte...

SANTIAGO.—Por la del Norte, sí. ¡Claro! La puerta abierta a Europa...

CARMITA.—La puerta, sí, señor; pero yo me he quedado en el umbral, porque no he conseguido pasar de Pozuelo.

SANTIAGO.—¡Caray!

CARMITA.—Ahora, con la imaginación y un poquito del cine, ya es otra cosa. Con la imaginación he cruzado el Atlántico en aeroplano, he visitado el Polo varias veces y conozco hasta los bosques sagrados de la India. ¡Más que usted, seguramente! ¿A que sí?

SANTIAGO.—*(Riéndose.)* ¡Qué salada!

CARMITA.—La imaginación es el patrimonio de los pobres.

ISABEL.—Pero siéntese usted, Santiago.

SANTIAGO.—¿No va usted a salir?

ISABEL.—No. Es decir... Aguardo la llegada de mi tío. ¿No sabe usted que me traslado a su casa?

SANTIAGO.—¿Cómo es eso? ¿Es que ha hecho usted las paces con su familia?

ISABEL.—Yo nunca estuve reñida con nadie, Santiago.

SANTIAGO.—Bueno, entiéndame usted lo que quiero decirle... *(Se sienta.)*

ISABEL.—Era mi padre el que rehuía todo trato con los suyos. Yo, en cambio, soy otra cosa. Por eso, al recibir desde Cuba el radio en que me anunciaban que, a consecuencia de unas fiebres infecciosas, papá había muerto en un sanatorio de la Habana, no dudé en escribir a mis tíos comunicándoles la desgracia y suplicándoles que vinieran a verme. A los pocos momentos los cuatro estaban aquí, prodigándome sus consuelos y endulzando con su caricias el amargor de mis tristezas. He dicho los cuatro y he debido decir los cinco, porque también vino con ellos mi tío político, el marido de mi tía Matilde, don Esteban Rodríguez, y que, si le he de decir la verdad, me ha sido el más simpático de la familia.

SANTIAGO.—¡Toma! Ya lo creo. ¡Gran persona don Esteban!... Pero, bueno, lo que no se me alcanza es la necesidad de que usted abandone su casa para irse a vivir con sus parientes.

CARMITA.—Lo mismo le he dicho yo.

MARCELA.—Y todos.

ISABEL.—¿Conoce usted mi vida, Santiago? ¡Son muchos mis años de aislamiento y de soledad! Siendo muy niña, me quedé sin madre. Criada por Marcela, apenas tuve uso de razón me internaron en un colegio de monjas, del que he salido, como usted sabe, hace poco. Durante ese tiempo, por exigencias de su profesión, que le obligaba a permanecer en el mar, se puede decir que he visto a mi padre contadas veces. Y ahora, cuando, cediendo a mis instancias, el pobre se hallaba dispuesto a abandonar su carrera para consagrarse a mi, la muerte me lo arrebata en tierra extraña, sin haberme dejado siquiera el consuelo de hallarme cerca de él para cerrar sus párpados. En estas circunstancias, ¿me quiere usted decir qué hago yo aquí? Muerto mi padre, la casa se me viene encima. ¡Todo son recuerdos! ¿Comprende usted ya por qué, al proponérseme un traslado, he aceptado encantada el ofrecimiento? ¡Es que estoy ansiosa de calor de hogar, de vida de familia, Santiago!

SANTIAGO.—¿Y piensa usted realizar sus aspiraciones en casa de su tío?

ISABEL.—Sospecho que sí. Mi tío Miguel es muy bueno. ¡Hasta físicamente se parece a mi padre! Y me ha tratado en estos días con tanto mimo y tanta dulzura...

CARMITA.—¡Pobre Isabel! ¡Qué desengaño has de llevarte!

ISABEL.—¿Tú crees?...

CARMITA.—Seguro. ¿No ves que he pasado y paso por ello? ¡Convéncete! No hay más hogar que el de tus padres o el que tú misma te formes casándote con un hombre que te quiera. Lo demás, por mucho que pretendas idealizarlo, son casas para vivir, en las cuales serás siempre la intrusa, la que estorba...

SANTIAGO.—(*A Isabel.*) No va muy descaminada su amiga.

CARMITA.—¡Pero, si es mi caso, señor! Yo, como Isabel, no tengo padres; vivo recogida por una hermana casada. Mi cuñado es buenísimo y mi hermana—¿qué le voy a decir?—es una santa. Pues, a pesar de ello, en los ratos de felicidad, el matrimonio se aisla con sus hijos y a mí me dejan abandonada en mi cuarto, sola con mis pesares, como si les molestase mi presencia o quisieran darme a entender que no tengo derecho a participar de sus alegrías. ¡Soy la que estorba! Por eso, siempre que le escribo a mi novio le digo lo mismo: ven pronto a sacarme de esta cárcel.

SANTIAGO.—¿Tiene usted novio, Carmita?

CARMITA.—Con la imaginación, sí, señor.

SANTIAGO.—¿También con la imaginación? ¡Es peregrino!

CARMITA.—¿Cree usted que sin dinero y con tan pocos atractivos personales puedo aspirar a tenerlo de otra forma? ¡Con la

imaginación, y gracias! Ahora, que me lo he forjado enteramente a mi capricho, y soy feliz con él porque no me da disgustos. Todos los días, sean cuales fueren mis ocupaciones, hallo una horita de lugar para escribirle y contarle mis cuitas. Archivo la carta en uno de los cajones de mi armario, me figuro la respuesta y le contesto al día siguiente. Así, cuando Dios sea servido de proporcionármelo de veras, le entregaré toda la correspondencia atrasada, y le diré: chico, fíjate el tiempo que llevamos de relaciones. ¡A ver si arreglas pronto los papeles!

SANTIAGO.—¿Y hace mucho que empezó usted ese noviazgo tan particular?

CARMITA.—Cinco años.

SANTIAGO.—¡Azúcar!

CARMITA.—Era yo casi una niña. No se había casado mi hermana todavía... ¡Usted dirá si hay razón para hacerle perder a una mujer el tiempo de ese modo!

SANTIAGO.—Es usted deliciosa, Carmita.

MARCELA.—Más novelera no la encuentra usté.

ISABEL.—Tiene un humor que yo le envidio.

CARMITA.—¡Anda! Pues si no fuera por mi humor, a estas horas estaría yo cantando milongas en un cabaret y mojando bizcochos en cocaína.

ISABEL.—¡Quién eres, hija!

CARMITA.—¡Que no te quepa duda! (*En el reloj que hay sobre la consola suena una campanada.*)

ISABEL.—(*A Marcela.*) Oye, chachín. las diez y media y el tío sin aparecer. ¿Por qué no llamas por teléfono a su casa? ¿A ver si es que le ha ocurrido algo?

MARCELA.—No creo... Habrían avisao de ayí.

SANTIAGO.—¿Se marcha usted también con Isabel, Marcela?

MARCELA.—Yo, no, señor.

SANTIAGO.—¡Ah! ¿No? ¿Se vuelve usted a la Isla?

MARCELA.—Tampoco. Me quedo aquí en er Puente e Vayecas, en casa de una sobrinita mía, que está casá con un factor de la Estasión de Atocha.

SANTIAGO.—Pues, ¿y eso? ¿Separarse usted de Isabel, a la que ha criado y para la que ha sido como una segunda madre?

ISABEL.—Diga usted que se va por su gusto, porque el tío Miguel bien que la ha rogado que me acompañe.

SANTIAGO.—¿Y entonces?

MARCELA.—Comprenda er señorito mi situación. ¿Qué pito toco yo en casa der generá? Toavía si mi niña se hubiese quedao en su pisito, yo habría sío la primera en no apartarme de su lao hasta que la hubiera dejao colocá como Dios manda; pero irme

ahora, a mis años, sin fuersas ya pa trabajá, a sé una boca más en casa extraña... ¡Compréndalo er señorito! ¿Tengo una sobrina aquí en Madrí, que me resibe con los brasos abiertos? Pos con eya me voy a esperá en paz er fin de mis días.

SANTIAGO.—Lo siento mucho, pero hay que darle la razón a Marcela, Isabel. Teniéndola a ella, no veo yo tampoco la precisión de que usted abandone su casa para irse a vivir a la de su tío, con quien no tuvo, hasta ahora, trato alguno. Ya se lo dije antes. ¿Sabe usted, criatura, qué felicidad es esta de encontrarse a su edad sola en el mundo y sin familia? Crearse nuevos afectos, como usted pretende, es buscarse penas para el futuro.

CARMITA.—Aquí, realmente, lo que estaría bien es que Isabel encontrase un hombre que la quisiera y se casara con ella.

SANTIAGO.—No se lo aconsejaría yo.

CARMITA.—¡Toma! Ya lo creo. ¡Sería lo ideal! Y el hombre soñado, me parece a mí que es usted mejor que ninguno.

ISABEL.—¡Carmita!

SANTIAGO.—¿Cómo?

MARCELA.—(¡Más fresca es que una lechuga!)

CARMITA.—¿No está ella sola y solo usted? Pues, ¿qué cosa más natural que hacerse compañía mutuamente?

SANTIAGO.—¡Ay! ¡Si pudiera ser lo que usted dice!...

CARMITA.—¡Anda! Y, ¿por qué no?

SANTIAGO.—Ya sabe Isabelita que yo hace mucho tiempo que renuncié al matrimonio.

CARMITA.—¡Bueno! También lo sé yo. ¡A ver si piensa usted que es un secreto! Porque le salió su novia rana, ¿no?

ISABEL.—¡Pero Carmita!

CARMITA.—Y, ¿quién tuvo la culpa? Diga usted. ¡Pues usted!

SANTIAGO.—¿Yo?

CARMITA.—¡Usted! Sí, señor, usted. No me mire usted con esos ojos. ¡Usted solito! Porque a nadie más que a usted se le ocurrió ir a buscar la compañera en una estanque. ¿Más claro? ¡El chocolate de mi casa!

ISABEL.—¡Carmita, por lo que tú más quieras, no sigas!

SANTIAGO.—(*Complacido.*) ¡Déjela, déjela, Isabel!

CARMITA.—Y después de todo, ¿qué tenemos con que aquella saliera rana? ¿Es que ya no hay más mujeres en el mundo? Pues, sí, señor, que hay muchas y muy buenas y muy dignas de que un hombre como usted se fije en ellas. ¿O se ha creído usted que todas vivimos en un charco?

ISABEL.—¡Pero, hija, por Dios, qué taravilla eres!

CARMITA.—Es que me subleva que un hombre como éste, que

podía hacer la felicidad de cualquier muchacha honrada, se quede soltero por una cosa así. ¡Y con lo escasos que están hoy los buenos maridos! ¡Vamos, que no hay derecho a que paguemos justos por pecadores!

ISABEL.—Discúlpela usted, Santiago.

SANTIAGO.—¡Es encantadora!

CARMITA.—Muchas gracias por la lisonja, señor mío.

SANTIAGO.—Absoluta justicia, señorita. (*En el aparato del teléfono suena el timbre de llamada.*)

ISABEL.—¿Eh? El teléfono. (*Levantándose.*) Con permiso. Un momento. (*Al aparato.*) ¿Quién? Sí. ¡Sí, sí! Dígale usted que voy en seguida. (*Cuelga el auricular.*) El tío Miguel, que me espera abajo en su coche. (*A Santiago y a Carmita.*) Siento tener que dejarles, pero se quedan ustedes en su casa. (*Santiago y Carmita se ponen de pie.*)

SANTIAGO.—¡No faltaba más!

ISABEL.—(*Dándole la mano a Santiago.*) Santiago...

SANTIAGO.—¡Adiós, Isabel; que sea usted todo lo feliz que se merece!

ISABEL.—¿No irá usted a verme alguna vez?

SANTIAGO.—Siempre que pueda. Hace muchos años que me une con su familia una estrecha amistad. Recibirá usted mi visita.

ISABEL.—(*Besando a Carmita.*) Carmita... ¡Adiós!

CARMITA.—¡Adiós, mujer!

ISABEL.—Lo mismo te digo. Supongo que el hecho de que me mude de casa no será motivo para que se corten nuestras entrevistas.

ISABEL.—(*Abrazando a Marcela, que desde que se inició la despedida está haciendo pucheros.*) ¡Chachín!...

MARCELA.—(*Rompiendo a llorar desconsoladamente.*) ¡Hija de mis entrañas!

ISABEL.—¡Chachín, por Dios! ¿A qué viene ese llanto? ¡Que no me voy al otro mundo, que en casa del tío me puedes ver siempre que quieras!

SANTIAGO.—(*A Carmita, refiriéndose a Marcela.*) ¡La pobre!...

MARCELA.—¡Adiós, hija mía, adiós! No te encargo na. Cuídate mucho, que comas bien, y si pa algo me necesitas, ya sabes que con mandarme un mar recao me tienes a tu vera.

ISABEL.—Gracias, chachín. ¡Dios te lo pague! Si sales, por casualidad, o si te marchas a casa de tu sobrina, echa la llave al piso y déjasela a Paloma.

MARCELA.—No te preocupes, que yo de aquí no me muevo hasta que tú dispongas lo que haya de hacerse con to esto.

ISABEL.—El tío dirá. No sé si se venderán los trastos o si se llevarán a un guardamuebles... No sé. ¡Allá veremos! (*Isabel esparce su mirada en derredor, como si se despidiese con los ojos de cuanto deja allí. Es un momento emocionante y conmovedor. Por último, se dirige a la consola; coge los retratos de su padre y de su madre, los besa y los guarda en su bolso de mano. Empujando el entreabierto portón del piso aparece PALOMA.*)

PALOMA.—¡Vamos, señorita Isabel; que el tito se impacienta!

ISABEL.—Tiene razón. Voy, voy ahora mismo. ¡Adiós a todos! (*Sale rápidamente por la izquierda, secándose las lágrimas con su pañuelo.*)

MARCELA.—¡Adiós, sielo mío! ¡Adiós, entrañas!

PALOMA.—¡Vaya con Dios la señorita! (*Pequeña pausa.*)

CARMITA.—Y yo también me voy. ¡Hasta la vista, Marcela! (*A Paloma.*) Buenos días. (*Despidiéndose de Santiago.*) Señor...

SANTIAGO.—¿Me permite usted que la acompañe, Carmita?

CARMITA.—¿Para qué se va usted a molestar? Muchas gracias. Vivo muy lejos, en los Cuatro Caminos...

SANTIAGO.—¡Tanto mejor! Mientras más lejos sea, más se prolongará para mí el placer de charlar con usted.

CARMITA.—(*Con sorna.*) ¡Caramba!

SANTIAGO.—Es usted una mujer muy interesante.

CARMITA.—(*Sin abandonar el tono zumbón.*) ¿De veras? ¡Vaya por Dios! ¿Cuándo saca usted el kilométrico?

SANTIAGO.—¿Cómo?

CARMITA.—Me han asegurado que siempre que le interesa a usted alguna mujer emprende usted un viaje lo más largo posible para olvidarse de ella...

SANTIAGO.—(*Sonriéndose.*) Algo exagerada la referencia, señorita.

CARMITA.—Puede ser.

SANTIAGO.—Sin que lo dude.

CARMITA.—Más vale así.

SANTIAGO.—En este caso particular mi deseo se limita a acompañarla. No se figure, con esa imaginación suya tan viva, que pretenda quedarme con usted.

CARMITA.—¡Anda! Ya se ve que no. Y que yo tampoco lo consentiría. Antes de quedarse usted conmigo, me quedaría yo con usted. ¡Tiene salero el hombre!

SANTIAGO.—¡Carmita!

CARMITA.—¡Que soy de Madrid, pastiri! (*Y con aire perfectamente chulesco y contoneándose garbosamente sale por la izquierda, dejando estupefacto a Santiago.*)

SANTIAGO.—¿Qué me ha dicho? ¡Las mujeres graciosas en el mundo! ¡Buenos días! *(Y sale de estampía por la izquierda, detrás de Carmita.)*

PALOMA.—*¡Misómijo!* Decía la señorita Isabel que era *misómijo.* *(Y riéndose a carcajadas, Paloma se dirige hacia la izquierda. Marcela continúa llorando. Cae el telón.)*

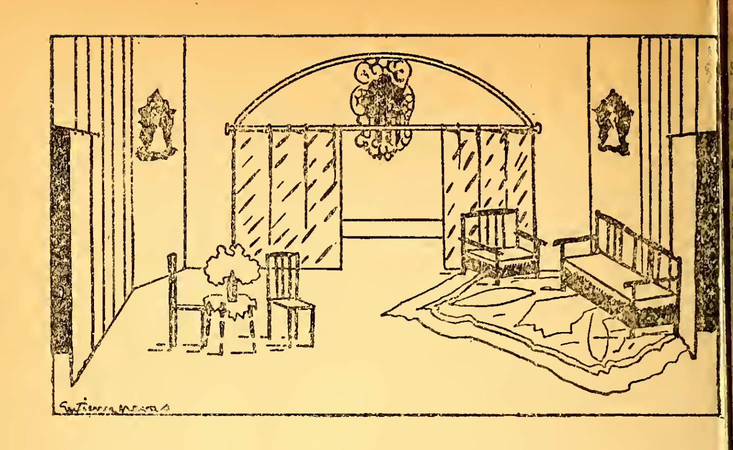
FIN DEL PROLOGO.


KilóMETRICO
1ª CLASE
KilOMETROS

CAPITULO PRIMERO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel de la Oliva	María Banquer.
Blanca	Julia Tejera.
Matilde	Angelina Vilar.
Elena	Concepción Ruiz.
Justina	María Lola Argenti.
Josefina	Concepción Fernández.
Santiago Rivera	Manuel Collado.
Fernando Santacruz	José Soria.
Don Miguel	Rafael Ragel.
Don Esteban	Alfonso Tudela.
Paco Mora	Pedro González.
Carlos	Jesús Valero.



Saloncito elegante en casa del general don Miguel de la Oliva. Puertas al foro y laterales; la del lateral derecha se supone que conduce a la calle, y las restantes al interior de la vivienda. Es de día. Comienza la acción dos semanas después de los sucesos acaecidos en el prólogo.

(Al levantarse el telón aparece sentado al foro FERNANDO SANTACRUZ, un muchacho distinguido y simpático, médico de profesión y pretendiente de Blanca, la hija mayor del general. A poco irrumpen en escena, por la izquierda, DON MIGUEL, con traje de calle negro, sombrero negro, bastón y guantes, abrazado por sus dos hijas, BLANCA y JOSEFINA. Las chicas no van de luto. Al ver a don Miguel, Fernando Santacruz se levanta y acude a saludarle con todo respeto.)

BLANCA.—*(Besando a don Miguel.)* ¡Adiós, papín mío!

JOSEFINA.—*(Besándole también.)* ¡Adiós, papirri!

DON MIGUEL.—*(Apartándolas.)* Buenos, hijas mías, bueno, ya está bien, que con tantos mimos me arrugáis el traje y me descomponéis la figura. ¡Ya está bien!

BLANCA.—¡Miren el presumido!

JOSEFINA.—¡Qué gracioso!

DON MIGUEL.—¡Amigo Santacruz!...

FERNANDO.—Mi señor don Miguel... Buenas tardes, Josefina. Buenas tardes, Blanca.

BLANCA.—(*En tono despectivo.*) ¡Hola, Fernando! Ahora vengo. Salgo a despedir a papá.

(*Fernando se retira al foro, y don Miguel, Blanca y Josefina se dirigen hacia la derecha.*)

DON MIGUEL.—(*A Blanca, a media voz.*) ¡Pero, mujer!... ¿Tienes a tu novio esperándote?

BLANCA.—Nada de mi novio. Mi pretendiente y gracias. Y ¿qué si espera? Es médico, y ya sabes tú que los médicos se jactan de hacerle esperar a todo el mundo en las consultas. Pues, así, me doy yo el gustazo de vengarme, en nombre de la humanidad doliente. haciéndole esperar a un médico, No creas que está mal. ¡Que se chinche y aguarde!

DON MIGUEL.—¡Quién eres, hija! Tienes espíritu inquisitorial.

BLANCA.—Sangre de las tías de la escoba, seguramente.

DON MIGUEL.—¡Blanquita! ¡Más respeto para mis hermanas Elena y Justina!

BLANCA.—Que son dos brujas, dicho sea con todo respeto por ser tus hermanas, papá. Y a otra cosa. ¿Vas a venir a cenar?

DON MIGUEL.—Probablemente, no. Luego me emperezo en el Casino, y está tan agradable la terraza...

BLANCA.—Te lo pregunto porque nosotras es muy fácil que lo hagamos en Sicilia con las de Lipton, que nos han invitado.

DON MIGUEL.—¿Las de Lipton?

JOSEFINA.—Las de Menéndez, papá.

BLANCA.—Les llamamos las de Lipton porque a todo el que llega a su casa le dan el té.

DON MIGUEL.—No sabía...

JOSEFINA.—Carlos también creo que cena fuera, no sé si en Puerta Verde o en Puerta de Hierro...

DON MIGUEL.—Ese hijo mío, desde que lo hicieron portero del *Júpiter* le ha tomado una afición a las puertas... ¿Y vuestra prima Isabel? ¿Dónde anda?

BLANCA.—En la cocina, con las criadas. No sale de allí.

DON MIGUEL.—Llamadla.

JOSEFINA.—¿Para qué?

DON MIGUEL.—Para despedirme de ella, que no diga...

BLANCA.—¡Vamos, papá! ¿Quieres darle el mismo trato que a tus hijas? ¡Bastante has hecho con metérnosla en casa, que es un estorbo para todo!

DON MIGUEL.—No tengas celos, mujer, no tengas celos.

BLANCA.—¿Celos yo de esa cursi? Porque cursi es hasta santiguándose.

DON MIGUEL.—¡Vaya, vaya, dejemos en paz a la pobre Isabel

en la cocina, y no nos ocupemos más de ella! ¡Hasta mañana, hijitas! Buenas tardes, amigo Santacruz.

FERNANDO.—¡Muy buenas don Miguel!

(*Salen por la derecha don Miguel, Blanca y Josefina. Hay una pequeña pausa. Por el foro entra en escena ISABEL DE LA OLIVA.*)

ISABEL.—¡Fernando! ¿Todavía está usted aquí? ¿No ha salido Blanquita?

FERNANDO.—Sí ha salido; hace un momento, pero ha ido a despedir a don Miguel hasta la puerta.

ISABEL.—¡Mucho debe usted sufrir con el carácter de mi prima!

FERNANDO.—Ya no.

ISABEL.—Es buena, inteligente, lista, pero alocada, impetuosa, rebelde a toda sumisión.

FERNANDO.—Mucho he sufrido, pero ya no, por suerte, lo repito, Isabel. Hace dos semanas que si yo sigo viniendo a esta casa no es, ciertamente, por Blanquita.

ISABEL.—¡Ah! ¿No? ¿Por quién, entonces?

FERNANDO.—Por usted, Isabel.

ISABEL.—¿Por mí?

FERNANDO.—Se lo juro.

ISABEL.—¡Vamos, criatura! No diga tonterías. Si Blanquita le oyese...

FERNANDO.—Nada me importaría, si estuviese seguro de que a usted tampoco le importaba.

ISABEL.—¡Calle, calle, por Dios!

FERNANDO.—Le hablo la verdad, Isabel. Yo conocí a esta familia de un modo puramente casual. Gran amigo, como usted sabe que soy, de Santiago Rivera, con ocasión de unas anginas flemonosas que padecía el general y a las que el médico de cabecera no lograba dar pronta curación, vine aquí traído por Santiago y tuve la fortuna, mediante una rápida intervención quirúrgica, de salvar al enfermo del inminente peligro en que se hallaba. Esto me granjeó la simpatía de todos y me abrió las puertas de esta casa. Frecuentándola, intimé con Blanquita y me enamoré de ella por su belleza, su figura distinguida y sus indudables atractivos personales. Bien advertí, desde el primer momento, que su carácter no se amoldaba al mío. Sus modernismos, sus extravagancias, su descoco de buen tono, mal se avenían con mi temperamento de hombre oscuro, de la clase media española, un poco chapado a la antigua y acostumbrado a ver en su hogar a sus hermanas y a su madre proceder y comportarse de muy distinta manera; pero me gustaba Blanca y porque me gustaba transigía con todo, pensando que cuando fuese mi mujer ya se corregiría de sus defectos. Así las

cosas, llega usted, Isabel, y, al encontrar en usted cuanto ambicionaba; la belleza de Blanca, aumentada si cabe, y un carácter que ella no posee, le juro a usted que, desde ese instante de su llegada, usted y sólo usted ocupa por entero mi pensamiento. Alguna vez se lo había de decir, y hoy se lo he dicho. ¡Ya lo sabe! Ahora es usted la que tiene la palabra.

ISABEL.—Yo, Fernando... Me ha cogido tan de improviso su declaración que en este momento no sé qué pensar. ¡Cuánto menos hablar sin reponerme un poco de la impresión! Pero, ¿qué diría Blanquita?

FERNANDO.—Estoy seguro de que nada. Sin haberse mostrado jamás esquiva a mis pretensiones, tampoco las ha aceptado nunca de un modo definitivo y categórico. Me embroma, como suele decirse, alentándome hoy para desilusionarme mañana, y he sido y soy sólo un juguete a merced de su capricho.

ISABEL.—Quizás usted exagere...

FERNANDO.—No exagero, Isabel. Tengo la certeza de que si usted hablase con ella confirmaría en un todo mis palabras.

ISABEL.—En ese caso...

FERNANDO.—En ese caso, ¿qué? Termine.

ISABEL.—(*Después de mirar hacia la derecha.*) ¡Silencio! ¡Ella! (*Por la derecha vuelve BLANCA.*)

BLANCA.—(*A Fernando.*) Bueno, perdóname el plantón, pero... (*Encarándose con Isabel.*) ¿Qué haces tú aquí?

ISABEL.—Iba a arreglar la habitación de tu padre, cuando Fernando me detuvo...

BLANCA.—¡A arreglar la habitación de mi padre! No parece sino que no hay criadas en la casa que se ocupen de ello. ¡Ganas de hacerte de menos, hija!

ISABEL.—Trabajar no es ningún delito y de algún modo he de justificar el pan que me como.

BLANCA.—No dices más que sandeces. (*A Fernando.*) ¡Huy! Me desespera esta criatura. Bueno, chico, ahora no te puedo atender. He de salir con Fina a hacer unas compras. Vuelve luego y te daré el plan para esta noche. Casi seguro cenaremos en Sicilia, y después recalaremos en "La Pérgola". Espérame allí y bailaremos un rato.

FERNANDO.—Conforme.

BLANCA.—¡Anda, márchate!

FERNANDO.—En seguida.

BLANCA.—Pero vuelve luego.

FERNANDO.—¿Cuándo?

BLANCA.—Dentro de media hora, que estaremos ya aquí.

FERNANDO.—Conforme. Hasta ahora, Blanca. Hasta ahora, Isabel.

BLANCA.—¡Vete con Dios!

ISABEL.—¡Hasta ahora, Fernando! (*Fernando se marcha por la derecha.*) Le traes y le llevas como si fuese un zinguillo. Haces de él lo que se te antoja.

BLANCA.—¡Que pague de alguna manera el postín que se da yendo conmigo a todas partes!

ISABEL.—Pero, ¿no le quieres?

BLANCA.—¿Qué dices? La hija del general Oliva, ¿querer a un mediquillo de tres al cuarto?

ISABEL.—¿Y entonces?...

BLANCA.—Me sirvo de él para no aburrirme demasiado en los cines y como cimbel que me permita atrapar en su día a un hombre de mi gusto.

ISABEL.—Luego no piensas casarte con él.

BLANCA.—¿Yo? ¿Por quién me tomas? ¡Vamos, chica!

ISABEL.—¡Pobre Fernando!

BLANCA.—Oye, ¿es eso lo que ha estado hablando contigo? ¿Te ha rogado quizás que influyas cerca de mí para que le quiera?

ISABEL.—No.

BLANCA.—Menos mal, porque hubieran sido ganas de perder el tiempo.

(*Por la derecha sale corriendo, despavorida, JOSEFINA.*)

JOSEFINA.—(*A Blanca.*) ¡Huyamos, tú! ¡Huyamos!

BLANCA.—¿Qué pasa?

JOSEFINA.—¡Las tías de la escoba!

BLANCA.—¡Madre! (*Blanca y Josefina corren hacia el foro.*)

JOSEFINA.—(*Volviendo la cabeza y deteniendo a su hermana.*) ¡Aguarda, que nos han visto!

BLANCA.—¡Válganos Dios!

(*En efecto, por la derecha entran en escena ELENA y JUSTINA, de negro y con velos. Sin ser viejas lo parecen, consumidas las dos a fuerza de ayunos y de penitencias.*)

ELENA.—Sobrinas... (*Besuqueo de las sobrinas a las tías y de éstas a las sobrinas.*)

JOSEFINA.—¿Cómo vosotras por aquí? (*Se sientan todas.*)

ELENA.—En busca de vuestro padre.

BLANCA.—Pues no está.

JUSTINA.—Ya nos lo ha dicho la criada.

ELENA.—Nunca está vuestro padre en casa. ¡Siempre en el Casino! Así os estáis criando vosotras, sin ley y sin freno. ¡Qué responsabilidad la suya ante Dios! (*A Blanca, que ha cruzado las piernas en un elegante abandono.*) ¡Bájate esa falda, descarada!

BLANCA.—¡Tía, si no hay nadie!

ELENA.—Lo mismo harás en público.

BLANCA.—(*Bajándose la falda.*) ¡Jesús, qué rancia eres, tía Elena!

ELENA.—Enseñándolo todo creéis que mejor conquistáis a los hombres, olvidándoos de que los hombres lo que más han estimado siempre en la mujer ha sido el pudor.

BLANCA.—(*En voz baja a Josefina que está a su lado.*) Oye, tú, prepárate, que hemos entrado en ejercicios.

ELENA.—No aprendas de tus primas, Isabel.

ISABEL.—Descuide, tita.

(*Por el foro aparece CARLOS, hijo de don Miguel y hermano de Blanca y Josefina, un muchachote recio y fornido. Viste traje de calle y trae el sombrero en la mano.*)

CARLOS.—¡Caramba! ¡Pero si están aquí los padres misioneros! No sabía... (*Blanca y Josefina se ríen.*)

ELENA.—¡Otro que tal baila!

CARLOS.—(*Besando las manos a sus tías.*) Reverendo padre... Reverendo padre... ¡Tantísimo gusto! (*Blanca y Josefina siguen riéndose.*)

ELENA.—¡Reíos, reíos de la gracia del hermanito! ¡Si es muy gracioso el niño!

BLANCA.—¡Anda! Ya se ve que sí.

ELENA.—Lo que no tenemos nosotras es vergüenza pisando esta casa, donde siempre hemos de servir de burla y de chacota.

CARLOS.—¡Pero no enfadaros!... ¿Qué dirá vuestro confesor, el bueno de don Benedicto? ¿Y la resignación cristiana? ¿Y el perdón de las ofensas? ¿Y el poner la otra mejilla? ¿Señoras de comunión diaria con tan poco aguante para una simple broma? ¡No, por Dios! Daca un beso, tía Elena.

ELENA.—¡Quita!

CARLOS.—Tú te lo pierdes. Bueno, niñas, si dan las nueve y no he venido, no me esperéis a cenar.

BLANCA.—Igualmente. Si dan las nueve y no estamos aquí, no nos esperes tú tampoco.

ELENA.—¡Y viva la república!

JUSTINA.—¡Elena!

ELENA.—(*Santiguándose.*) ¡Jesús! ¿Qué he dicho yo? ¡El Señor me perdone!

CARLOS.—(*Tomándole la cara a Isabel.*) ¡Hasta luego, primach!

ISABEL.—(*Rechazándole con dignidad.*) ¡Sin tocar, primo!

CARLOS.—¡Arisca!

ELENA.—(*Aplaudiendo la actitud de Isabel.*) ¡Así, así!

CARLOS.—Hasta luego, ¿eh?

ISABEL.—¡Hasta luego, Carlos!

BLANCA.—(*Levantándose.*) Aguarda, que nos vamos contigo.

¡Anda, Josefina! (*A las tías.*) Vosotras nos disculparéis, pero tenemos que hacer unas compras y nos van a cerrar las tiendas. Ya se queda aquí Isabel para haceros la visita.

ELENA.—¡Id con Dios, hijos, id con Dios, que buena falta os hace!

BLANCA.—(*Comentando con sus hermanos a la puerta de la derecha.*) Sermón, fuera de la Cuaresma, no lo aguanto.

CARLOS.—¡Que sí, chica!

JOSEFINA.—Tienes razón. (*Salen los tres por la derecha.*)

ELENA.—¡Qué casita ésta, qué casita! Desbarajuste semejante es difícil hallarlo. ¡Tú que buscabas un hogar! (*Dentro se oye la voz de MATILDE.*)

MATILDE.—(*Dentro.*) Sí sí, ya sé, ya sabemos.

JUSTINA.—¿No es ésa la voz de Matilde?

(*Por el foro derecha aparecen MATILDE, DON ESTEBAN y PACO MORA. Matilde es una mujer de treinta y tantos años, vistosa y elegante; don Esteban, un hombre de cincuenta, de pelo gris y aspecto vulgar, y Paco Mora, un cuarentón, fachendoso y postinero. Los tres visten de calle y se detienen en el fondo sin entrar en el salón.*)

ELENA.—(*A Justina.*) ¡Mírala! Ahí la tienes, con su marido y con el otro.

ISABEL.—(*Corriendo a abrazar a Matilde y a don Esteban.*) ¡Tía Matilde!

MATILDE.—(*Secamente.*) ¡Hola!

ISABEL.—¡Tío Esteban!

DON ESTEBAN.—(*Con efusión.*) ¡Hola, pitusilla!

PACO.—(*Dándole la mano a Isabel.*) ¿Qué tal, Isabel?

ISABEL.—Bien, ¿y usted, señor Mora?

DON ESTEBAN.—(*Cogiendo a Isabel entre sus brazos, mientras Matilde y Paco hablan aparte.*) ¿Qué? ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

ISABEL.—¡Así! Ya ve usted.

JUSTINA.—(*A Elena.*) ¡Qué frescura la de esta hermana nuestra!

ELENA.—Mentira parece que seamos hijas del mismo matrimonio.

JUSTINA.—Lo que no me explico es cómo Esteban consiente.

ELENA.—Mientras el tal Paco Mora subvenga a las pérdidas del negocio de telas, nuestro cuñado no tiene más remedio que hacer la vista gorda.

JUSTINA.—Me resisto a pensar así de Esteban, que es un hombre digno y caballeroso.

ELENA.—En ese caso, se cumplirá una vez más aquello de que el último en enterarse es el marido, porque menos que se cuidan de guardar las formas... ¡Fíjate, fíjate! Abstraídos en su charla, ni nos han visto siquiera.

ISABEL.—Están aquí tía Elena y tía Justina.

DON ESTEBAN.—¡Ah! ¿Sí? ¡Caray! (*Acudiendo a saludarlas.*) Queridas mías!...

JUSTINA.—¡Hola, Esteban!

ELENA.—¡Hola, hombre!

DON ESTEBAN.—¡Matilde! ¡Matilde!

MATILDE.—¿Eh?

DON ESTEBAN.—¡Tus hermanas, mujer!

MATILDE.—¿Estabais ahí? Perdonad. (*Se besan.*)

PACO.—(*Saludándolas.*) ¿Qué tal, Justina? ¿Qué tal, Elena?

ELENA.—(*A Matilde.*) Habíamos venido a ver a Miguel; pero omo este Miguel es un huésped en su casa...

MATILDE.—¿Qué queríais de Miguel?

ELENA.—Pues, hija, que hablara con su agente para que nos endiera el papel del Estado porque tal se están poniendo las osas...

MATILDE.—Eso, aquí, Paco, os lo puede hacer mejor que nadie. *A Paco.*) ¿Verdad?

PACO.—Como gusten. Pero, ¿por qué vender si no es una necesidad apremiante? Nada justifica esa alarma de las clases conservadoras.

ELENA.—¡Eso creerá usted!

PACO.—Lo creo porque así es, señora; pero venga. No tengo inconveniente. Mal momento es éste. Precisamente, cuando son muchos a vender, son pocos a comprar. Sin embargo, en último recurso, y si les urge, me quedaría yo con él.

ELENA.—Nos urge, sí, señor.

PACO.—Pues no se hable más de ello. ¡Venga!

ELENA.—(*Sacando de su cartera los títulos, envueltos en un papel de seda.*) Son diez títulos de cinco mil pesetas y veinte de quinientas. Aconsejadas por don Benedicto, ya hemos hecho la transferencia en forma... Ahí va todo.

PACO.—Si quieren, aquí mismo les puedo extender el cheque. (*A don Esteban.*) Justamente traigo el talonario para..

DON ESTEBAN.—(*Atajándole.*) ¡Ya, ya! Mejor en el despacho de Miguel. ¿No os parece?

ELENA.—(*Levantándose.*) Vamos adonde sea.

PACO.—(*A don Esteban.*) ¿Lo tuyo son...?

DON ESTEBAN.—Seis mil pesetas. Dos letras de tres mil, que me vencen mañana...

PACO.—¡Lo que digas, chico, lo que digas!

DON ESTEBAN.—¿Cómo agradecerte, Paco...?

PACO.—¡Ni hablar, hombre! ¡Por Dios! (*A la puerta de la izquierda, invitando a pasar a las señoras.*) Pasen, pasen. Primero,

las señoras. (*Desaparecen por la izquierda, Elena, Justina y Matilde, seguidas de Paco.*)

DON ESTEBAN.—(*A Isabel.*) Perdona que te abandonemos, pitusilla. Ahora venimos.

ISABEL.—Cuando quiera, tío Esteban. Aquí estoy.

DON ESTEBAN.—Perdona, ¿eh?, perdona. (*Vase por la izquierda.*)

ISABEL.—¡Más bueno es!...

(*Por la derecha aparece SANTIAGO RIVERA.*)

SANTIAGO.—(*A la puerta.*) ¿Hay permiso?

ISABEL.—(*Con alegría.*) ¡Santiago!

SANTIAGO.—(*Saludándola.*) ¡Isabel! Le prometí a usted hacerl[e] una visita y ya ve usted que cumplo mi promesa.

ISABEL.—Ya lo veo y, además, se lo estimo muchísimo. Necesitaba hablar con usted; tanto es así que iba a haberle escrito est[a] misma tarde suplicándole que viniera a verme.

SANTIAGO.—Pues aquí me tiene, Isabel.

ISABEL.—Gracias, Santiago, muchas gracias.

SANTIAGO.—No me lo agradezca con exceso, que aun cuando e[n] mi propósito estaba el venir, esta visita de hoy no es por complet[o] dependiente de mi voluntad. Otra voluntad me ha traído: la d[e] un hombre ciegamente enamorado de usted, que, conocedor de l[a] estimación que usted me dispensa, aspira a que yo interceda e[n] su favor.

ISABEL.—¿Me va usted a hablar de lo que yo iba a hablarle?

SANTIAGO.—¡Ah! No sé. Se trata de Fernando Santacruz.

ISABEL.—¡De eso mismo! Siéntese usted, Santiago, siéntes[e] usted. (*Se sientan los dos.*) Fernando Santacruz es un chico mu[y] simpático; correcto, afable, servicial y, sobre todo, bueno.

SANTIAGO.—Fundamentalmente bueno, Isabel; lo que se dice u[n] hombre cabal.

ISABEL.—Celebro que coincidamos en la opinión. Desde que llegu[é] a esta casa y fuimos presentados, noté yo la inclinación que Fernando sentía hacia mí—esto para una mujer no pasa nunca inadvertido—, pero él venía aquí en calidad de pretendiente de m[i] prima Blanquita y yo no podía ni debía fomentar aquel interés qu[e] me demostraba. Hoy, de improviso, Fernando se me ha declarad[o] y Blanquita me ha confesado luego noblemente que no le quiere que se sirve de él como de un pasatiempo y siendo así, la cosa y[a] varía. Yo me encuentro sola en el mundo y ansiosa de un cariño usted lo sabe; Fernando me gusta y el casarme con él pudier[a] ser para mí una solución. Pero, antes de formalizar el noviazgo consideraba yo como un deber de conciencia hablar con usted [y] preguntarle: a usted, ¿qué le parece el que yo me case, Santiago

SANTIAGO.—¿A mí? ¡Un completo disparate! Ya conoce uste[d]

mis ideas respecto al matrimonio; pero, en fin, si usted le quiere y él la quiere... ¡Qué diablo! ¡Cásese usted, y con su pan se lo coma!

ISABEL.—(*Con tristeza.*) Conste, entonces, que usted aprueba mi decisión.

SANTIAGO.—Sí, sí. ¿Por qué no? Si usted cree que es su felicidad...

ISABEL.—Desde luego. Me interesaba únicamente dejar esto sentado.

SANTIAGO.—¿Por qué? No comprendo...

ISABEL.—Lo comprendo yo y basta.

SANTIAGO.—(*En vilo.*) ¡Isabel!... (*Pausa breve.*)

ISABEL.—¿Qué le pareció a usted mi amiga Carmita?

SANTIAGO.—Una muchacha encantadora, ideal.

ISABEL.—¿Verdad que es muy salada?

SANTIAGO.—Aquella mañana la acompañé hasta su casa y después la he visto un par de veces por la calle, pero me he limitado a saludarla de lejos. ¡Gran tipo de mujer, todo fantasía e imaginación! ¡Un gran tipo!

ISABEL.—Sí que lo es.

SANTIAGO.—Bien, y a usted, aquí ¿qué tal le va? Que no hemos hablado de eso.

ISABEL.—Pues, mal, Santiago.

SANTIAGO.—Ya se lo advertimos Carmita y yo.

ISABEL.—Sí, señor. ¿Qué quiere usted? Lamentables equivocaciones que sufre una. Ni el recurso me queda de volver a mi piso, porque he vendido los muebles. Esto, más que un hogar, es la casa de Tócame Roque, donde cada cual campa por sus respetos y hace lo que le viene en gana, menos vida familiar, de orden y reposo. Mi tío es un egoistón de siete suelas, que por ahorrarse bregar con sus hijos no sale del Casino y cuando come en casa no cena, y cuando cena, no come. Mis primos, otro tanto. En fin, con decirle a usted que yo la mitad de los días me los paso en la cocina con las criadas por distraerme un poco...

SANTIAGO.—Lo creo.

ISABEL.—¡Y esta es mi vida, Santiago, hasta que Dios disponga!

SANTIAGO.—¡Pobre Isabel!

(*A la puerta de la derecha aparece FERNANDO SANTACRUZ.*)

FERNANDO.—¿Se puede?

SANTIAGO.—¡Hombre!

ISABEL.—¡Fernando!

SANTIAGO.—¡Pasa chico, pasa y abrázame! ¡Que sea enhorabuena! Tenías ganado el pleito antes de que hablase tu abogado defensor. ¡Te felicito!

Fernando.—¿Es posible, Isabel?

Isabel.—¡Fernando!

Fernando.—¡Dímelo tú, que yo lo oiga de tus labios para volverme loco de alegría!

Isabel.—Sí, Fernando, sí.

Fernando.—¡Bendita seas!

(*Isabel y Fernando están con las manos cogidas y mirándose amorosamente, momento que aprovecha Santiago Rivera para escapar.*)

Santiago.—(El abogado defensor, que no está dispuesto a presenciar escenas amorosas, hace un prudente mutis por la derecha. ¡Servidor!) (*Se inclina ante los enamorados, que no le ven, y vase dignamente por la derecha.*)

Fernando.—Bueno, cuéntame... ¿Cómo ha sido? ¿Qué te ha decidido a vencer tus escrúpulos? Háblame.

Isabel.—¿Y Santiago?

Fernando.—¿Se ha marchado?

Isabel.—No está.

Fernando.—¡Hombre admirable, modelo de discreción y de buen gusto, que ha tenido el acierto de dejarnos solos! ¡Alégrate! Y ven acá, Isabel.... (*Cogiéndola entre sus brazos amorosamente.*) ¡Cuéntame, dime!...

Isabel.—¡Fernando!

Fernando.—¡Soñaba con tu cariño desde que te conocí! ¡Qué contento estoy, Isabel, tan contento que no sé en este momento si reírme o llorar! ¡Encontré, al fin, la mujer que necesitaba! Una mujer, no un perro callejero de té a las cinco, cine a las seis y baile a las siete. ¡Y qué mujer, Dios mío! Más bonita que un sol, más buena que una santa...

Isabel.—¡Fernando!...

Fernando.—(*Abrazándola.*) ¡Ven aquí tú, chiquilla!...

(*En este momento entran por la derecha, de la calle, con los sombreros puestos, BLANCA y JOSEFINA.*)

Blanca.—¿Eh? ¿Qué es esto?

Josefina.—¡Se necesita descaro! ¡Abrazados los dos! ¡Qué poca vergüenza!

Blanca.—¿Qué es esto, Isabel? ¿Qué es esto, Fernando? ¿Os habéis quedado mudos?

Fernando.—(*A Isabel.*) ¿Hablas tú o hablo yo?

Isabel.—Hablaré yo. Esto es, sencillamente, Blanca, que, después de nuestra conversación de esta tarde, yo he aceptado para mí lo que tú despreciabas.

Blanca.—¿Qué me quieres decir?

Isabel.—Bien claro te lo he dicho. Que Fernando y yo somos novios.

JOSEFINA.—¿Novios?

BLANCA.—¿Es cierto eso, Fernando?

FERNANDO.—Sí lo es.

BLANCA.—¿Y tienes el valor de confesármelo en mi cara?

FERNANDO.—¿Por qué no?

BLANCA.—¡Insolente! Ahora mismo, pero ahora mismo, márcha- de esta casa, que es mía.

ISABEL.—¡Blanca!

FERNANDO.—¡Déjala! En su derecho está y yo obedezco. A eso puedo oponerme. ¡Hasta pronto, Isabel!

ISABEL.—¡Hasta que quieras, Fernando!

FERNANDO.—Buenas tardes. (*Vase por la derecha.*)

BLANCA.—¡Advenedizo! ¡Rastacueros! Y tú, Fina, ve al teléfo- y avísale a papá. ¡Qué venga al instante! Esto no se puede ıedar así.

JOSEFINA.—¡La mosquita muerta! (*Vase por el foro.*)

ISABEL.—Pero, ¿no me has dicho tú misma, hace muy poco, que le querías, que no te importaba?

BLANCA.—¿Qué tiene que ver? Y ¿quién eres tú para quitarme novio?

ISABEL.—¿El novio?

BLANCA.—O el pretendiente, o la distracción, o lo que fuese. ¿uién eres tú? ¡Di! ¿Quién eres tú? Por supuesto, que no es tuya culpa, sino de quien te metió en esta casa sin conocerte, apia- ıdo de unas lagrimitas de cocodrilo.

ISABEL.—¡No me ofendas, Blanca, que no te lo consiento!

BLANCA.—¿Amenazas encima? ¡Vas a hacerme reír!

(*Por la izquierda salen alarmados ELENA, MATILDE, JUSTI- A, DON ESTEBAN y PACO MORA.*)

ELENA.—¿Qué pasa?

MATILDE.—Pero, ¿qué ocurre?

JUSTINA.—¡Qué voces dais!

BLANCA.—Aquí, la pavita, la niña modosa y complaciente, que e acaba de hacer una faena...

MATILDE.—¿A ti?

BLANCA.—¡Quitarme el novio!

TODOS.—¿Eh?

BLANCA.—¡Ponerse en relaciones con Fernando!

ELENA.—¿Es posible?

BLANCA.—¡Vamos! Cuando he llegado de la calle me los he ıcontrado a los dos arrullándose como unos pichoncitos. ¡Vos- tros me diréis!

MATILDE.—¿Es verdad eso, Isabel?

ISABEL.—No es verdad. Y si lo fuera, ¿qué? ¿A qué se pone así

si ella misma me ha dicho que no se casaría nunca con Fernando

BLANCA.—¿Yo? ¿Yo te he dicho eso?

ISABEL.—¡Tú, tú me lo has dicho!

ELENA.—Bueno, hija, ¿y es eso una razón para que tú te l apropies?

MATILDE.—¿Así pagas la acogida que se te ha tenido en est casa?

DON ESTEBAN.—¡Pero, mujer!... ¿Qué has hecho? Eso no est bien.

ISABEL.—¡Tío Esteban!...

DON ESTEBAN.—Nada, nada, no está bien. Ya sabes que yo siem pre soy el primero en defenderte, menos en este caso, en que l razón está toda de parte de Blanquita. Bastaba que él coquetease con tu prima para que tú nunca te hubieses metido de por medio

ISABEL.—Pero, si yo, tío... (*Rompe a llorar.*)

DON ESTEBAN.—(*Consolándola.*) ¡Vaya, vaya! Llorar, no llo rar, no.

(*Por la derecha aparecen JOSEFINA y DON MIGUEL.*)

JOSEFINA.—¡Aquí está ya papá!

DON MIGUEL.—Bueno, vamos a ver. ¿Qué sucede? ¿La famili en pleno aquí? ¿Qué sucede, hijas? He salido del Casino creyen do que había fuego en la casa. Tal ha sido el recado que ésta m ha dado por teléfono. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué sucede?

BLANCA.—Nada, no sucede nada; no te alarmes.

DON MIGUEL.—¡Por Dios, acaba ya, que yo no estoy para dis gustos!

BLANCA.—Pues el disgusto te lo vas a llevar, y de los gordos ¿Sabes lo que ha hecho tu protegida, aquí la huerfanita inocent y candorosa?

DON MIGUEL.—¿Isabel?

BLANCA.—¡Quitarme el novio, levantar de cascos a Fernand para llevárselo ella! Nada más que esa pequeñez.

DON MIGUEL.—No es posible.

BLANCA.—¡Vaya! Que te lo diga Fina, que lo ha visto como yo Comprenderás que, después de eso, esta señorita no puede conti nuar viviendo con nosotros ni un minuto más.

DON MIGUEL.—¡Ah! Desde luego, desde luego. Si ello es así, Isa bel, y así debe ser cuando te callas, aquí estás de más y tienes qu marcharte.

ISABEL.—¡Pero tío!... ¿Marcharme? ¿Adónde, si ni casa tengo

DON MIGUEL.—¡Tú sabrás!

BLANCA.—¡Vete con él!

DON ESTEBAN.—No os preocupéis. ¡Vendrá conmigo!

MATILDE.—¡A casa no sueñes con llevarla, Esteban!

DON ESTEBAN.—Y, ¿por qué no? Allí no chocará con nadie. No tenemos hijos; con nosotros vivirá y será desde hoy como hija nuestra.

ISABEL.—¡Tío Esteban!... (*Lo abraza llorando.*)

MATILDE.—¡Estás loco!

DON ESTEBAN.—Y si no quieres tú, como hija mía solamente. (*A Isabel.*) No te apures ni llores. ¡Vienes conmigo, hija!

ISABEL.—¡Tío Esteban!...

DON ESTEBAN.—(*Llevándola hacia la derecha.*) Anda, anda. (*Volviéndose y desafiando a todos con la mirada.*) ¡Conmigo, sí, conmigo, que no llevo su sangre, pero que tengo mejor corazón que todos vosotros juntos! ¡Vamos, hija mía, vamos!

(*Caen unas cortinas.*)

MUTACION

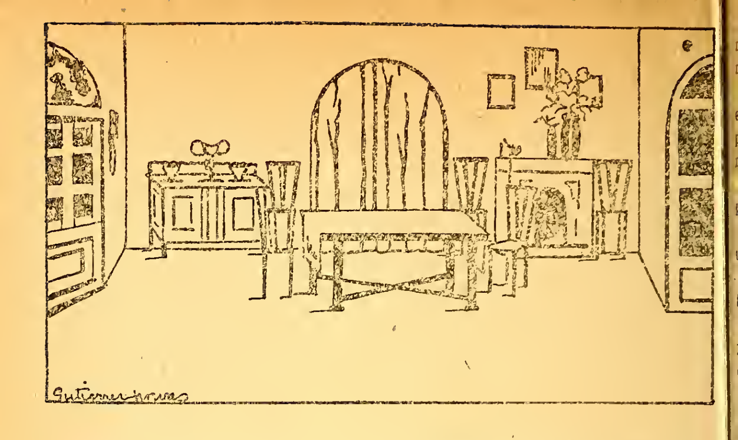




CAPITULO SEGUNDO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel de la Oliva........................	María Banquer.
Matilde....................................	Angelina Vilar.
Vicenta....................................	Carmen Pradillo.
Don Esteban..............................	Alfonso Tudela.
Paco Mora................................	Pedro González.



Comedor en casa de Matilde y de don Esteban, en la plaza de Antón Martín. Puerta al foro que da a un pasillo; puerta corredera de cristales a la derecha que comunica con un salón, y otra puerta pequeña en el primer término izquierda, que conduce al interior de la vivienda. Muebles propios del lugar, sencillos y de buen gusto. Teléfono. Es de día, por la mañana. Se supone que comienza la acción una semana después de los sucesos ocurridos en el capítulo primero.

(*Al levantarse el telón aparece sentado, a la izquierda de la mesa, DON ESTEBAN, con traje de americana.*)

DON ESTEBAN.—(*Después de mirar la hora en su reloj.*) ¡Isabel! ¡Isabelita! ¡Hija!

(*Por el foro aparece ISABEL DE LA OLIVA con una bandeja en la que va un servicio completo de desayuno.*)

ISABEL.—¡Ya estoy aquí, tío Esteban! (*Deja la bandeja sobre la mesa y le sirve el desayuno a don Esteban.*)

DON ESTEBAN.—¡Anda, mujer, que es tardísimo! Las diez y media. ¿A qué hora voy a bajar hoy a la tienda?

ISABEL.—Perdona si me he retrasado un poco, pero no es mía la culpa.

DON ESTEBAN.—(*Cogiendo el tazón de café con leche que ella le sirve.*) Trae acá. (*Tomando un sorbo de café y soltando el tazón.*) ¡Sopla! ¡Vaya por Dios! El café está como para unas prisas.

ISABEL.—¿No te gusta caliente?

DON ESTEBAN.—Caliente, sí, pero no hirviendo.

ISABEL.—¿Qué más da? ¿A quién has de dar cuenta si llegas tarde o temprano? Tú eres el amo y, por lo tanto, dueño de ti

mismo. ¿No tienes abajo a tus dependientes desde las nueve de la mañana despachando?

Don Esteban.—¡Ojalá estuviesen despachando, hija! Pero tal están los tiempos que no se vende una hilacha. Dias enteros se nos pasan sin hacer una nota en el libro de salida. No sé adonde vamos a parar como esto siga así.

Isabel.—No te apures, que tú eres muy bueno y Dios te abrirá puertas. (*Don Esteban empieza a tomarse el desayuno.*)

Don Esteban.—¡Falta hace! Y luego con esa mujer, que tiene un boquete en cada mano...

Isabel.—¿Quién? ¿Tía Matilde? Es cierto que le gusta gastar en trapos y perifollos...

Don Esteban.—Le ha gustado siempre, y cuando se podía era yo el primero en fomentar su afición porque sabía que eso le agradaba; pero no tiene el don de hacerse cargo ni de amoldarse a las circunstancias, y por menos de un pitillo me arma cada contarrón de esos grandes almacenes de modas que después me veo y me deseo para pagarlos.

Isabel.—Y, ¿por qué no le dices?...

Don Esteban.—¡Anda, anda! Cualquiera es el valiente que se atreve a ponerle cortapisas a tu tía. ¡Bonito genio le ha dado Dios! Y yo, antes que disgustarla, prefiero callar y resignarme.

Isabel.—Como te caes de bueno, todo el mundo abusa de ti. Hasta tu propia mujer. ¡Y no hay derecho!

Don Esteban.—Calla, calla, no te oiga ella y tengamos espectáculo gratis.

Isabel.—Si no está en casa.

Don Esteban.—¡Ah! ¿No?

Isabel.—Salió muy de mañana a misa, dijo, y luego a compras.

Don Esteban.—¡Dios santo! ¡A compras! Otra cuentecita en perspectiva. Se me abren las carnes sólo de pensarlo.

Isabel.—¡Pobre tío Esteban!

Don Esteban.—Siguiendo así, ya lo creo. ¡Más pobre que las ánimas!

Isabel.—Eso, no, porque cuando tú necesites dinero puedes disponer de mi hucha. Tendré guardadas dos mil pesetas.

Don Esteban.—Gracias, pitusa, gracias. (*Levantándose y abrazándola emocionado.*) Me ha conmovido tu rasgo de generosidad. (*Se dirige hacia la derecha.*)

Isabel.—¿Pero ya te vas? ¿Tan pronto? ¿Me dejas aquí sola?

Don Esteban.—Bajo a echar un vistazo por la tienda y luego subo a hacerte compañía otro ratito.

Isabel.—¿De veras?

Don Esteban.—¿Te he engañado yo nunca?

Isabel.—Verdad que no.

DON ESTEBAN.—(*Abrazándola.*) ¡Mi pitusilla! Hasta ahora, ¿eh? Vuelvo en seguida.

ISABEL.—¡Que lo cumplas!

DON ESTEBAN.—Lo cumpliré. En seguida vuelvo. Espérame.

ISABEL.—¡Adiós, tío Esteban! (*Vase don Esteban por la derecha.*) ¡Es un bendito! (*Saliendo al pasillo del foro.*) ¡Vicenta!

(*A la puerta del foro aparece VICENTA, una criadita.*)

VICENTA.—¿Señorita?

ISABEL.—(*Indicándole el servicio del desayuno.*) Recoja todo esto y lléveselo a la cocina. (*Vicenta, en silencio, va colocando todo en la bandeja.*) Diga usted, Vicenta, ¿ha conocido usted nunca a un hombre más bueno que el señorito?

VICENTA.—Ni más bueno ni más tonto. ¡Así lo engañan como a un chino!

ISABEL.—¿Eh? ¿Qué dice usted? ¿Quién lo engaña? ¿Quién?

VICENTA.—Pues su mujer con ese señor Mora, que es más antipático...

ISABEL.—¡No es posible!

VICENTA.—¡Anda que no es posible! La señorita, como lleva poco tiempo en la casa, no lo sabe, pero ya se enterará; porque no piense la señorita que ellos se guardan ni de criaos ni de nadie. Ahora, desde que está aquí la señorita, se muestran más comedidos, pero antes era el acabóse del descaro y de la poca aprensión.

ISABEL.—Me deja usted fría, Vicenta. ¡Qué horror! ¿Y así paga él la amistad y el cariño de mi tío, tan francos y tan nobles, y ella sus sacrificios y desvelos? ¡Parece imposible! Asco da vivir en un mundo como éste.

VICENTA.—De los hombres y de las mujeres no hay nunca que fiarse. El más santo la pringa a lo mejor. ¡Digo, por lo que a la señorita le pasa con su novio bien puede sacar la consecuencia!

ISABEL.—¡Es verdad!

VICENTA.—¿No me ha dicho la señorita que estaba tan enamorao el hombre? Pues vea la señorita: siete días la señorita aquí y el pollo sin dar señales de vida.

ISABEL.—¡Y si supiera usted cómo me extraña y me sorprende esa actitud de Fernando! Que no haya hecho por verme, ni por mandarme un mal recado. habiéndome dejado, como me dejó, en una situación tan violenta, tan de angustia... ¡Es increíble!

VICENTA.—¿No tiene teléfono en su casa?

ISABEL.—¿Quién?

VICENTA.—El novio de la señorita.

ISABEL.—Sí que lo tiene.

VICENTA.—¿Y por qué no le llama la señorita?

ISABEL.—Porque no sería digno de mí. Si él me quiere, que me

busque; si no, un desengaño más para quien lleva tantos en esta vida...

VICENTA.—¡La señora!

(En efecto, por la derecha, entra MATILDE con traje de calle, de mañana, quitándose los guantes.)

MATILDE.—¡Hola!

ISABEL.—Buenos días, tía Matilde.

MATILDE.—*(A Vicenta.)* Traerán unos encargos de Madrid-París. Le das una peseta al mozo y me los pasas.

VICENTA.—¡Descuide la señora! *(Vase por el foro llevándose la bandeja con el servicio del desayuno.)*

MATILDE.—¡Calor! Y gracias a que he venido en taxi. Esto de no tener una coche propio...

ISABEL.—Si el tío no puede costearlo...

MATILDE.—¡Que lo robe! No se casa un viejo con una mujer joven como yo para tenerla de cualquier manera. *(Suena el timbre de llamada en el teléfono.)* ¿Eh? *(Al aparato.)* ¿Quién? ¡Ah! ¿Eres tú? Pues, bien. Sí, sí, bien. Haz lo que quieras. Te advierto que hay moros en la costa. ¡Anda! Si pudiera... Bueno. Bueno, ven. ¿Desde dónde me hablas? Chico, pues, si estás tan cerca, sube un rato. Hasta ahora. ¡Adiós! *(Cuelga el auricular y se dirige a Isabel dándole el sombrero, los guantes y el bolso de mano.)* Toma, Isabel; deja esto en mi alcoba y vete luego a la cocina con las chicas. Vigila lo que hacen, que esa gente, como no se esté encima de ella... *(Vase por la derecha.)*

ISABEL.—Ha estado hablando con él y quiere alejarme porque le aguarda. ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Pobre tío Esteban! *(Vase por la izquierda y sale a poco sin el sombrero, los guantes y el bolso; cruza en silencio la escena y se marcha por el foro. Hay una pausa. Por la derecha llegan hablando alegremente MATILDE y PACO MORA.)*

MATILDE.—¡Chico, qué rapidez!

PACO.—Cruzar la plaza. ¿No te he dicho que te hablaba desde el bar de enfrente?

MATILDE.—Ya, ya.

PACO.—Bueno, ¿y qué? ¿Va a durar mucho la estancia aquí de la sobrinita? Porque nos va a reventar.

MATILDE.—Esteban le ha tomado tanto cariño que me temo que dure.

PACO.—¡Pues es un porvenir! Oye, ¿y por qué, en lugar de interceptarle la correspondencia de Fernando Santacruz no se la dais? Ya ves que él le dice en sus cartas que está dispuesto a casarse sin pérdida de tiempo. Pues, que se case, que se vaya y que nos deje en paz.

MATILDE.—No, Paco. Eso nos costaría reñir con mi hermano Mi-

guel. En realidad, el proceder del mediquito con mi sobrina Blanna no ha podido ser más incorrecto. Y nosotros no debemos favorecer nada que tienda a que la huerfanita y el doctor se salgan con la suya.

PACO.—Chica, yo me refería concretamente al caso nuestro. Con Isabel aquí, nuestras entrevistas, antes en libertad absoluta por la permanencia a horas fijas de tu marido en su despacho, ahora se ven constreñidas a una zozobra que a mí me desagrada, no sólo por la presencia de Isabel en la casa, sino por las escapadas que, de cuando en cuando, hace Esteban para verla a ella. Y es molestísimo. Créeme, Matilde, molestísimo. No soy yo hombre al que le guste andar escondiéndose y disimulando. Bien me conoces.

MATILDE.—A mí se me ha ocurrido un medio que justificaría plenamente el que entrases aquí con la misma confianza de antes.

PACO.—¿Y es?...

MATILDE.—Que le hagas el amor a mi sobrina.

PACO.—¿A cuál?

MATILDE.—A Isabel.

PACO.—¡No me digas!

MATILDE.—Lo que oyes.

PACO.—¿No parecerá demasiado ridículo?

MATILDE.—Al contrario.

PACO.—Chica, pues si tú lo crees así, por mi parte no tengo inconveniente. Falta que ella esté dispuesta a aceptarme.

MATILDE.—Eso ya lo procuraremos entre Esteban y yo.

PACO.—¡Pues, duro, duro! Todo menos continuar como estamos.

MATILDE.—(*Levantándose.*) La voy a llamar, si te parece, para ir preparando el terreno.

PACO.—Como dispongas, chica, como dispongas. Soy tu esclavo.

MATILDE.—Tú muéstrate tierno y apasionado.

PACO.—Seré un Romeo y Julieta; no te apures. Pero no te vayas a reír tú y lo eches a perder.

MATILDE.—Descuida. (*Toca un timbre y a poco aparece VICENTA a la puerta del foro.*) A la señorita Isabel, que tenga la bondad de venir. (*Vase Vicenta por el foro.*) Yo tomaré primero la palabra y luego te dejaré a ti solo para que te despaches a tu gusto.

PACO.—Va a ser un paso de comedia.

MATILDE.—¡Seguro! ¡Ella!

(*A la puerta del foro aparece ISABEL DE LA OLIVA.*)

ISABEL.—¿Me llamabas, tía Matilde?

MATILDE.—Entra, mujer, entra.

ISABEL.—Buenos días, señor Mora.

PACO.—¡Hola, Isabel!

MATILDE.—Siéntate, que tenemos que hablarte.

ISABEL.—¿A mí? (*Se sientan los tres.*)

MATILDE.—Ha surgido de pronto algo que puede hacer cambiar el rumbo de tu vida, hija mía: un hombre que se ha enamorado de ti.

ISABEL.—¿Quién?

MATILDE.—¿No lo adivinas? Paco Mora.

ISABEL.—(*Con sorpresa y repugnancia a la vez.*) ¿Eh?

MATILDE.—Ha venido ex profeso a decírmelo, y yo he querido que tú lo supieses también inmediatamente, suponiendo que te alegrarías. Por eso te he llamado.

ISABEL.—¡Tía Matilde!

MATILDE.—Paco Mora—y siento que él esté delante, porque he de hablar en su elogio—es el hombre que te conviene, sobrina. Ni demasiado joven, ni demasiado viejo, con la edad justa para ser un marido modelo.

ISABEL.—(¿Qué hay aquí?)

MATILDE.—De acceder a sus pretensiones, no olvides, Isabel, que darás con ello una íntima satisfacción a tu tío y a mí, que tanto le estimamos. (*Levantándose.*) Y le dejo a usted, Paco, solo con ella, en la seguridad de que, libres de mi presencia, se entenderán ustedes mejor. Hasta ahora, ¿eh?

PACO.—¡Gracias, Matilde! (*La acompaña hasta la puerta de la derecha, por donde Matilde desaparece, y luego torna al lado de Isabel, que está con la vista en el suelo, confusa y anonadada.*) ¡Isabel! Comprendo su turbación y su sorpresa. No esperaba usted, ciertamente, que yo pusiese mis ojos...

(*Como él se ha ido acercando a ella, Isabel reacciona de pronto violentamente, aparta de un empujón a Paco y se incorpora presa de justa indignación.*)

ISABEL.—(*Con rabia reconcentrada.*) ¡Miserable!

PACO.—¿Eh?

ISABEL.—¿Qué es esto y a qué viene? ¿Sospecha usted que ni por un instante me he creído la absurda patraña de su enamoramiento? Como no sea que pretenda usted justificar con ella, ante el hombre bueno e inocente a quien engaña, su villanía y su deslealtad. Pero ha errado usted el camino, señor mío. Mal me conoce si pensó jamás que yo pudiera servirle de pantalla para sus rastreros propósitos.

PACO.—¡Atiéndame, Isabel! ¿De qué me habla?

ISABEL.—No trate de disimular encima, que todo lo sé. Y aprovechando este momento en que mi indignación rebosa, soy yo la que le dice a usted bajito, muy bajito: salga usted inmediatamente de esta casa y no ponga más los pies en ella, si no quiere que todo se descubra.

PACO.—¡Isabel!

ISABEL.—(*Exaltándose por momentos.*) ¡Fuera de aquí, que su presencia mancha!

PACO.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

(*Atraídos por las voces entran por la derecha MATILDE y DON ESTEBAN.*)

MATILDE.—¿Eh?

DON ESTEBAN.—¿Qué es esto?

ISABEL.—(*Corriendo a refugiarse en su tío.*) ¡Tío Esteban!

PACO.—¡Chico, ya ves! Que tu sobrina me arroja violentamente. ¡Ya lo oyes!

MATILDE.—¡Es el colmo!

DON ESTEBAN.—Pero, ¿por qué, Isabel? ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha dicho? ¿Tú sabes quién es este hombre para nosotros? ¡Mi salvador, el amigo noble que siempre acudió en mi auxilio en los trances difíciles! Cien años de existencia no bastarían para mi gratitud. ¡Y tú te atreves a despedirlo de mi casa! ¿Por qué? ¿Quién eres tú? ¡Discúlpala, Paco!

PACO.—No tiene importancia.

DON ESTEBAN.—¿Quién eres tú, infeliz? ¡A pedirle perdón!

ISABEL.—(*Llorando.*) ¡Tío Esteban!

PACO.—¡Déjala, hombre!

MATILDE.—¡Déjala, Esteban!

DON ESTEBAN.—(*Exaltándose.*) ¡O amiga suya, o serás tú la que saldrá de aquí!

ISABEL.—(*Con altivez.*) ¡Pues seré yo!

DON ESTEBAN.—¡Isabel!

ISABEL.—(*Llorando y dirigiéndose hacia el foro.*) Lo hice por ti, tío Esteban. ¡Perdón! ¡Perdón! Lo hice por ti, lo hice por ti...

PACO.—¡Vamos, hombre, vamos!

MATILDE.—¡Eso tampoco!

ISABEL.—¡Lo hice por ti, lo hice por ti!...

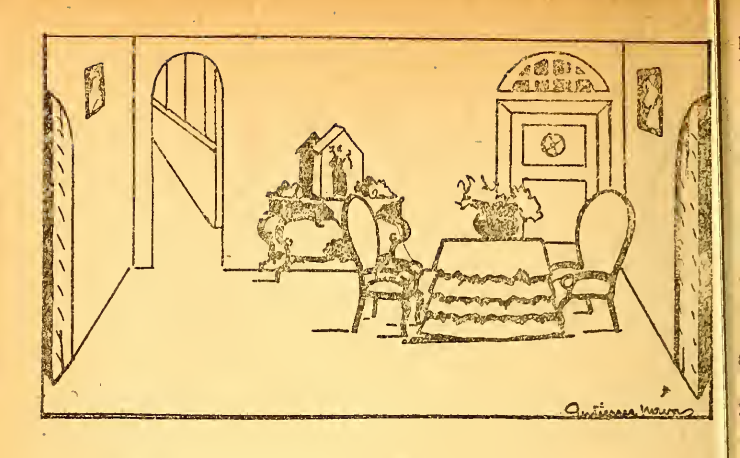
(*Caen las cortinas.*)

MUTACION

CAPITULO TERCERO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel de la Oliva	María Banquer.
Marcela	María Brú.
Elena	Concepción Ruiz.
Justina	María Lola Argenti.
Froilana	Carmen Toledo.
Santiago Rivera	Manuel Collado.
Fernando Santacruz	José Soria.
Don Benedicto	Luis Manrique.



Las escenas de este capítulo se desarrollan en el interior del sórdido pisito que en la calle del Sacramento ocupan Elena y Justina, y a donde ha ido a parar nuestra protagonista después del incidente ocurrido en el capítulo anterior, que la ha obligado a abandonar la casa de su tía Matilde y de su tío Esteban. El lugar de la acción es una pieza rectangular, de paredes cubiertas por un papel de tonos oscuros y tristones. Al foro izquierda, portón del piso con salida a la meseta de la escalera; al foro derecha, amplio hueco que da a una galería de cristales y ésta a un patio medio conventual con árboles añosos y descoloridos. La galería se supone que continúa hacia la derecha, por donde se pierde. En los laterales, sendas puertas que comunican con otras tantas habitaciones. En el centro de la escena sobre un ruedo de pleita, una mesa camilla. Sillería y muebles de la época isabelina. Del techo pende una lámpara de luz eléctrica. Es por la mañana. Se imagina que del capítulo segundo al tercero han transcurrido veinte días.

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. Dentro suena la campanilla de llamada al piso. A poco, por la derecha de la galería, sale FROILANA, una criada apaletada y mística, y abre el portón. En el umbral se presentan ELENA, JUSTINA, ISABEL DE LA OLIVA y DON BENEDICTO, un canónigo, de edad avanzada, con teja y manteos. Las mujeres con velo, rosario y libros de oraciones, como si vinieran de la iglesia.)

ELENA.—Ave María Purísima.

JUSTINA.—Ave María.

DON BENEDICTO.—La paz del Señor sea en esta santa casa.

FROILANA.—Buenos días tengan los señores.

ELENA.—Pase, don Benedicto; pase usted y siéntese, que la escalera cansa.

DON BENEDICTO.—Obligado siempre, Elenita. (*Se sienta.*)

ELENA.—(*A Froilana.*) ¿Bajaste al perro?

FROILANA.—Sí, señora.

JUSTINA.—¿Has cuidado al canario?

FROILANA.—Sí, señora.

ELENA.—¿Le diste de comer al gato?

FROILANA.—Sí, señora.

JUSTINA.—¿Y a los palomos?

FROILANA.—También.

ELENA.—Y al loro, ¿le has limpiado la jaula?

FROILANA.—Sí, señora.

JUSTINA.—¿Y a la perdiz?

FROILANA.—También. Estén tranquilas las señoras, que tenemos a toa la familia sin novedá.

ELENA.—Perfectamente. ¡Pues, vete para dentro! Y tú, Justina, y tú también, Isabel, idos a preparar la mesa para servirle en seguidita el desayuno a don Benedicto.

DON BENEDICTO.—No corre prisa.

ELENA.—¡Por Dios! Estará usted desmayado. Sin probar bocado desde las doce de anoche... ¡No me diga! (*Froilana, Justina e Isabel se marchan por la derecha de la galería. Elena se quita el velo, lo dobla y lo deja sobre la mesa camilla; luego se sienta frente a Don Benedicto.*) He querido que viniese usted hoy a desayunarse con nosotras para hablar con usted detenidamente del asuntito de la niña.

DON BENEDICTO.—Ya, ya.

ELENA.—Ella parece dispuesta a profesar, y nosotras, encantadas de que lo haga, porque... A usted no le vamos a engañar. Para Justina y para mí la niña es un estorbo y una preocupación. Acostumbradas, desde hace tantos años, como usted sabe, a vivir solitas e independientes en nuestra casa, dedicadas a nuestros rezos y nuestras prácticas religiosas, la presencia aquí de Isabel nos perturba. Y no es que ella, pobrecita mía, se oponga a nada de lo que disponemos, pero, vamos, que no es lo mismo estar solas que con un testigo de vista para todo. ¿Me comprende usted, don Benedicto?

DON BENEDICTO.—La comprendo, Elenita, la comprendo.

ELENA.—Y como, además, no es que nosotras la hayamos impuesto el que profese, sino que ha salido de ella...

DON BENEDICTO.—¿Está usted segura, Elenita?

ELENA.—¿De su vocación? ¿Por qué no estarlo? Y es lógico y natural que la tenga. Se ha educado en colegio de monjas, conoce los encantos de la vida en comunidad... La prueba es que a una simple pregunta de mi hermana de si le gustaría ser una más en-

tre sus madres, como ella las llama, respondió en el acto que sí, sin ninguna vacilación.

DON BENEDICTO.—¿Luego hubo una sugerencia por parte de Justina?

ELENA.—Esa simple pregunta.

DON BENEDICTO.—Es que resulta tan delicado, hija, esto de las vocaciones religiosas y más en los tiempos que corremos...

ELENA.—Pues, hable usted con ella y que ella le diga...

DON BENEDICTO.—Mejor será.

ELENA.—Voy a llamarla. (*Yendo hasta la galería.*) ¡Isabelita! ¡Niña! Haz el favor. (*Elena vuelve a su sitio. Por la derecha de la galería sale ISABEL DE LA OLIVA, ya sin velo.*) .

ISABEL.—¿Quiere usted algo de mí, tía Elena?

ELENA.—Yo, no. Don Benedicto, a quien he dado cuenta de tus deseos de ingresar en un convento, es el que necesita cambiar contigo unas palabras respecto a eso.

ISABEL.—No tengo inconveniente.

DON BENEDICTO.—(*A Elena.*) ¿Sería usted tan amable que nos dejara solos un momento, Elenita?

ELENA.—Sí, señor. ¿Cómo no? Con mucho gusto. ¡No faltaba más! (*Y como una pólvora se va por la derecha de la galería.*)

DON BENEDICTO.—Agradecido. (*A Isabel.*) ¡Siéntate, hija mía, siéntate! (*Isabel se sienta en silencio.*) Vamos a ver. ¿Es cierto que quieres profesar?

ISABEL.—Sí, señor.

DON BENEDICTO.—Y, ¿qué te lleva a ello? ¿Vocación irresistible, algún desengaño de amor o sencillamente tu propia conveniencia? No ocultes la verdad de tu pensamiento y séme franca. En este momento soy tu confesor. Habla. Habla.

ISABEL.—De todo hay, don Benedicto: parte de vocación, parte de desengaño y parte de conveniencia. ¡Me veo tan sola y tan desamparada en la vida!... Soñaba yo con un hogar que nunca tuve y pensé encontrarlo en casa de los hermanos de mi padre; pero, por desgracia, las predicciones de una compañera mía de colegio se han cumplido. Donde quiera que he estado, he sido un estorbo. En casa de mi tío Miguel me hice incompatible con mis primas, en la de mi tía Matilde, con mi propia tía, y aquí, que es, quizás, donde más transigen conmigo, también noto que para las viejas constituye una molestia y una perturbación ocuparse de mí. ¿Qué hago? ¿Adónde voy? ¿Qué me aconseja usted? Me enamoré de un hombre que me ofreció su ayuda; puse en él mi mayor cariño y hace un mes que ese hombre no ha vuelto a acordarse de mí. Por todo ello he pensado, don Benedicto, como única solución de mi problema, en acogerme a la paz de un retiro religioso. ¿Cabe otra cosa en mi situación?

DON BENEDICTO.—Te diré, hija mía. A Dios hay que ir plena de ilusión, libre de desengaños, con el corazón y los sentidos henchidos de gozo y de satisfacción... Pero, no importa, no importa. Dios es también refugio de afligidos, y estoy seguro de que te recibirá con júbilo como esposa. Me parece bien tu resolución. Aun te queda el año de noviciado para probarte a ti misma. ¡Me parece bien! Por encargo de tus tías ya he hablado con la madre superiora de las Esclavas, que está dispuesta a admitirte en cuanto vayas. Tú fijarás la fecha.

ISABEL.—¡Cuánto antes, mejor!

DON BENEDICTO.—Esta tarde, si quieres.

ISABEL.—Sí, señor.

DON BENEDICTO.—Pues, esta tarde. Yo mismo te llevaré.

ISABEL.—Gracias.

DON BENEDICTO.—Y haya el Señor porque encuentres en su divina morada la paz de tu espíritu.

ISABEL.—¡Hágalo el Señor!

(*Por la derecha de la galería sale ELENA.*)

ELENA.—Con permiso, si no estorbo. Cuando don Benedicto guste...

DON BENEDICTO.—Ya. (*Levantándose.*) Vamos, vamos.

ELENA.—¡Anda, Isabel! (*Isabel se levanta en silencio y se marcha por la derecha de la galería, quedándose rezagados para cambiar impresiones Elena y Don Benedicto.*) ¿Qué? ¿Qué?

DON BENEDICTO.—Todo resuelto.

ELENA.—¿Sí?

DON BENEDICTO.—Esta misma tarde ingresará en clausura.

ELENA.—¡Ay! ¡Cuánto me place! ¡Con las ganas que tenía yo de que hubiese una monja en mi familia! ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! ¡Lo contenta que se va a poner Justina cuando se entere!...

(*Desaparecen por la derecha de la galería Elena y don Benedicto. Queda la escena sola. Dentro suena la campana de llamada al piso. Por la derecha de la galería sale FROILANA y abre el portón. En el umbral aparece MARCELA, con mantón de crespón negro, liso.*)

MARCELA.—Güenos días.

FROILANA.—¿Por quién pregunta?

MARCELA.—¿La señorita Isabé?

FROILANA.—Sí, señora. Aquí es.

MARCELA.—Pos haga usté er favó de desirle que está aquí su chacha Marcela, la que la ha criao, la que ha sío pa eya su segunda madre...

FROILANA.—Pase usté. (*Cierra el portón.*) Y siéntese usté, que voy a avisarle.

MARCELA.—Grasias, joven.

FROILANA.—Froilana me llamo, pa servirla.

MARCELA.—¿Cómo ha dicho usté?

FROILANA.—Froilana.

MARCELA.—Con ese nombre no me sirve usté pa na, porque iba a tardá dos años en aprenderlo.

FROILANA.—(*Riéndose.*) (¡Qué risa! ¡Es graciosa la gallega!) (*Vase por la derecha de la galería.*)

MARCELA.—Hasta la criá la han buscao de iglesia estas beatonas. ¡Frailana! Que tiene que vení de fraile. ¡Seguro!

(*Por la derecha de la galería sale ISABEL DE LA OLIVA, que corre a echarse en brazos de Marcela.*)

ISABEL.—¡Chachín!

MARCELA.—¡Hija de mis entrañas!

ISABEL.—¡Ay, qué alegría me das! ¡Ay, cuánto te agradezco que hayas venido!

MARCELA.—¡Sielo mío! ¿Pos qué pasa?

ISABEL.—¿Qué me pasa? ¿No sabes? ¡Claro que no sabes! Siéntate, que te contaré. (*Se sientan las dos.*)

MARCELA.—¡Habla, corasón! Explícate.

ISABEL.—Esta tarde me marcho a mi convento.

MARCELA.—¿Qué estás disiendo, loca?

ISABEL.—La verdad; que voy a ser monja.

MARCELA.—Pero, ¿que vas a se monja tú, teniendo a ese hombre como lo tienes, majareta perdío por ti?

ISABEL.—¿Qué hombre, Marcela?

MARCELA.—¿Qué hombre va a se sino er médico? Er señorito Fernando, que harto ya de que tú no le contestes a sus cartas y desesperaíto er pobre de no encontrarte por ninguna parte, me ha obligao a mí esta mañana a que venga a verte, procurándose la ayuda der señorito Santiago.

ISABEL.—¿Es posible, Marcela?

MARCELA.—Como la lu, chiquiya.

ISABEL.—¿Que Fernando me ha escrito?

MARCELA.—Tos los días,

ISABEL.—¿Y cómo no he recibido sus cartas?

MARCELA.—¡Qué sé yo! Porque lo habrán impedío tus titas. Si esto que han hecho contigo ha sío un secuestro. ¡Un secuestro!

ISABEL.—¡Calla, calla, Marcela! ¿Y dices que Fernando te ha visto?

MARCELA.—Sí, hija, sí; me ha visto.

ISABEL.—¿Pero tú le conocías?

MARCELA.—Yo, no, hasta esta mañana. ¡Es un rear moso el hombre! ¿No te digo? Esta mañana se me han presentao los dos, ér y er señorito Santiago, en mi tabuco der Puente de Vayecas, me han contao la película así por ensima y, quieras que no, me han hecho

ponerme er mantonsiyo y vení en tu busca pa sacarte de esta armorra.

ISABEL.—¡Ay, ay, que yo voy a perder el juicio con tantas emociones!

MARCELA.—¡Anda! Pos toavía te quea la prinsipá.

ISABEL.—¿La principal?

MARCELA.—Que eyos están aquí, detrás de la puerta, esperando a más a que tú sargas.

ISABEL.—¡Ay, no me lo digas! ¿Que Fernando está ahí?

MARCELA.—¡Y el otro!

ISABEL.—¡No!

MARCELA.—(*Levantándose.*) ¡Lo vas a ve!

ISABEL.—¡No, por Dios, Marcela!

MARCELA.—¡Pero que ahora mismito! (*Abre el portón y mira hacia la izquierda.*) ¡Pasen ustedes!

(*En el umbral aparecen SANTIAGO RIVERA y FERNANDO SANTACRUZ.*)

SANTIAGO.—¡Isabel!

FERNANDO.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Santiago! ¡Fernando! ¡Fernando mío!

FERNANDO.—¡Isabel de mi alma!

MARCELA.—(*A Santiago.*) A monja quería meterse. ¿Le paese a usté?

SANTIAGO.—¿Es posible?

MARCELA.—¡Cosas de las beatas!

FERNANDO.—¡Isabel de mi vida! ¡Qué veintisiete días he llevado de angustia y desesperación!

ISABEL.—Pues, ¿y los míos, Fernando? Sin saber de ti...

FERNANDO.—¡Pero esto ya acabó! Conmigo vendrás y vivirás en mi casa con mi madre y mis hermanas hasta que nos echen las bendiciones. Esos días yo me trasladaré a una fonda. Pero tú, cerca de mí, donde yo pueda verte a mi antojo. ¡Nunca más esta zozobra!

ISABEL.—¡Nunca más, Fernando!

SANTIAGO.—(*A Marcela.*) Y que yo, con mi odio al matrimonio, sea cómplice de este disparate y contribuya a la desgracia de dos buenos amigos... ¡No me lo perdonaré nunca!

MARCELA.—Caye usté, hombre de Dios, que... ¡Quién sabe! Nadie puede desí de este agua no beberé. Y a usté cuarquier día lo vemos también casao; que tos los que presumen de fuertes, a lo mejó se caen, y donde menos lo piensan.

SANTIAGO.—Yo, no, Marcela; yo, no. Soy hombre de convicciones firmes y arraigadas. ¡Yo no me doblo! La autorizo a usted a que me dé de escobazos si eso sucediera.

MARCELA.—Pos no lo echaré en saco roto. Pierda usté cuidao.

FERNANDO.—¡ Vámonos, Isabel ! (*A los demás.*) ¿A qué esperamos?

SANTIAGO.—¡ En marcha !

ISABEL.—(*Vacilante.*) Pero, ¿así?...

(*En este momento irrumpen en escena por la derecha de la galería ELENA, JUSTINA y DON BENEDICTO, que se quedan como petrificados al presenciar el cuadro que se ofrece a su vista.*)

JUSTINA.—¿Eh?

ELENA.—¡ Isabel !

ISABEL.—(¡ Mis tías !)

MARCELA.—(¡ Nos caímos !)

ELENA.—(*A Isabel.*) ¿Adónde vas?

JUSTINA.—¡ Santiago !

ELENA.—¡ Fernando ! ¿Usted aquí?

FERNANDO.—¡ Yo aquí, señora, en busca de esta mujer, que es mía !

ELENA.—¿Qué dice?

FERNANDO.—La hubieran ustedes escondido en el centro de la tierra y yo la habría encontrado. ¡ Me la llevo !

ELENA.—¿Qué?

MARCELA.—Se la lleva pa haserla su mujé en los artares, que de otro modo yo no lo consentiría.

ELENA.—Y usted, ¿quién es?

MARCELA.—La que ha hecho en este mundo las veses de aqueya santa que murió y a la que ustedes despresiaron por pobre.

ELENA.—¡ Bah !

JUSTINA.—¡ Ingrata !

MARCELA.—Ingrata, ¿por qué? ¿Porque no es madre como usté quería? No se apure, señora, que madre será, pero de los hijos que tenga de su marío. (*Empujando a Isabel, Santiago y Fernando hacia el portón.*) ¡ Vamos tos pa alante ! ¡ Vamos tos pa alante !

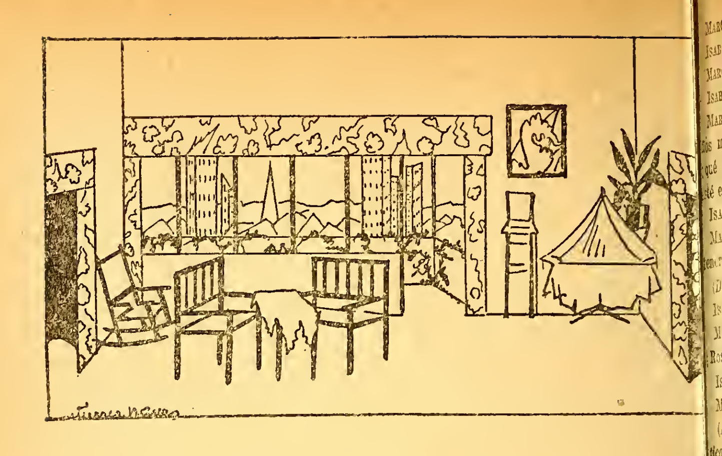
(*Y mientras Elena y Justina se hacen cruces y se santiguan horrorizadas, Marcela, Isabel, Santiago y Fernando salen bulliciosamente por el foro. Cae el telón.*)

FIN DE LOS CAPITULOS

EPILOGO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel de la Oliva........................	María Banquer.
Carmita Berrocal.........................	Isabel Garcés.
Marcela....................................	María Brú.
Rosario.....................................	Rafaela Aldana.
Santiago Rivera...........................	Manuel Collado.
Fernando Santacruz.....................	José Soria.



Un ático en uno de los rascacielos de los Cuatro Caminos, lugar escogido por Isabel de la Oliva y Fernando Santacruz para instalar su nido de amor. Al foro derecha, puerta de cristales, practicable, que da a la terraza, también practicable, cerrada por una balaustrada de mampostería y desde la que se descubre el claro cielo de Madrid en una luminosa tarde de primavera y los remates de los edificios fronteros. A la izquierda, puerta que conduce a la calle, y a la derecha, otra que lleva a las habitaciones interiores, ambas con cortinas de cretona. Las paredes lisas. Muebles sencillos y modernos. En el centro de la escena, una cunita, donde duerme una preciosa niña de corta edad. Se supone que del capítulo tercero al epílogo han transcurridos dos años.

(Al levantarse el telón aparece en escena ISABEL DE LA OLIVA, sentada en una silla junto a la cuna y cosiendo ropa blanca. De cuando en cuando dirige amorosas miradas hacia la niña, que duerme, se sonríe y da un suspiro de íntima satisfacción. Ya se ha quitado el luto y viste un traje de casa de buen gusto. No hay más que verla para adivinar que es completamente feliz. Tras una pausa, por la derecha, sale MARCELA, también resplandeciente y optimista.)

MARCELA.—*(Con voz un poco subida de tono.)* ¡Oye, tú, Isabelita!...

ISABEL.—*(Imponiéndole silencio.)* Ssss...

MARCELA.—*(Bajando la voz.)* ¿Pero sigue durmiendo?

ISABEL.—Todavía.

MARCELA.—Pos yeva cuatro horas.

ISABEL.—Largas.

MARCELA.—¡Hija de mi sangre!

ISABEL.—¿No será malo que duerma tanto, Marcela?

MARCELA.—¡Qué va a se malo!

ISABEL.—Yo estaba por despertarla para darle alimento.

MARCELA.—Déjala tranquila, que er sueño le alimenta a los niños más que ninguna otra cosa. (*Acercándose a la cuna.*) Pero, qué requetepresiosísima es! Con toa la cara de su abuela, que sté en gloria. (*Dando un chillido.*) ¡Huy, mi reina bonita!

ISABEL.—¡Mujer, que la vas a espabilar tú con tus gritos!

MARCELA.—Tienes razón, hija, pero es que viéndola no puedo conenerme. ¡Me la comería a besos!

(*Dentro suena el timbre de la puerta del piso.*)

ISABEL.—Han llamado.

MARCELA.—¿Quién nos vendrá a estas horas? (*Alzando la voz.*) Rosario!

ISABEL.—¡Mujer, por Dios!

MARCELA.—Se me ha escapao. Dispensa.

(*Por la derecha aparece ROSARIO, una chica de servir, simpática, pero algo atontada.*)

ROSARIO.—Mándeme usté.

MARCELA.—Antes de entrá donde está la señora, se pide permiso.

ROSARIO.—¿Pa qué?

MARCELA.—Pa entrá.

ROSARIO.—Sí señora. Ya lo sé pa otra vez.

MARCELA.—Pos, anda y abre.

ROSARIO.—Sí, señora. (*Vase por la izquierda.*)

MARCELA.—¡Es tonta esta criatura!

ISABEL.—Será Carmita.

MARCELA.—Seguro. No ha sío chica suerte pa ti encontrá este piso frente al suyo. Así te pasas er día acompañá mientras tu marío hase sus visitas

ISABEL.—Ella nos lo proporcionó; ya lo sabes.

MARCELA.—¡Y qué güena muchacha es!

ISABEL.—¿Carmita? Un encanto.

MARCELA.—Hay que ve er cariño que le ha tomao a tu chiquiya. Es su ama seca, como le digo.

(*A la puerta de la izquierda aparece ROSARIO.*)

ROSARIO.—(*Desde el umbral.*) ¿Da la señora su permiso?

ISABEL.—Pasa, mujer, pasa.

ROSARIO.—La señorita Carmela.

MARCELA.—Así, así.

ROSARIO.—¡Pa que vea usté que no soy tan tonta! (*Y contoneándose desaparece por la derecha.*)

MARCELA.—¿Le paese a usté er mono sabio?

(*Por la izquierda irrumpe en escena CARMITA, bulliciosa y alegre como siempre.*)

CARMITA.—Ya estoy aquí; un poco más retrasada que de costumbre, porque, hija, he tenido que vestir a toda la patulea de mis sobrinos para que se fuesen con su padre al Stádium, a las carreras de galgos, y en eso se me ha ido el tiempo; pero, ya estoy aquí para no ocuparme más que de mi ahijada. ¿Dónde está? ¡Venga! Y a todo esto, buenas tardes.

ISABEL.—¡Hola, mujer!

MARCELA.—Güenas tardes, señorita.

ISABEL.—¡Qué torbellino eres!

CARMITA.—(*Acercándose a la cuna.*) ¿Dormida?

ISABEL.—Ya lo ves.

CARMITA.—¿Hace mucho que duerme?

ISABEL.—Cuatro horas.

CARMITA.—¡Qué barbaridad! Eso es un disparate. A los niños no se les puede dejar que duerman tanto. Se convierten en gusanos de seda y pierden agilidad frescura, movimiento... ¡Hay que levantarla inmediatamente!

ISABEL.—Marcela me ha dicho que el sueño le alimentaba.

CARMITA.—¿Y qué sabe Marcela, si no ha tenido hijos en su vida?

ISABEL.—Ni tú tampoco.

CARMITA.—Pero, a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos y a mí me ha dado siete. Sé de niños más que la superiora de la Maternidad. (*A la chica.*) Isabelita Fernanda, señorita marmota... ¡Arriba!

ISABEL.—¿No te da pena despertarla, mujer?

CARMITA.—Como quieras.

ISABEL.—Siéntate un rato, que charlemos nosotras.

CARMITA.—Como quieras, chica. Tú eres su madre y no te voy a contrariar. (*Sentándose.*) Ya me tienes sentada. ¿Y tu marido?

ISABEL.—En sus visitas.

MARCELA.—Yo te dejo, Isabé. Quería preguntarte solamente qué te gustaría de sena pa esta noche.

ISABEL.—¡Ay, lo que tú nos pongas, chachín! ¡Déjame de pensar en la comida!

MARCELA.—A tu marío me has dicho que no le agradan los espárragos...

CARMITA.—No; le gustan así, llenitas, como su mujer.

ISABEL.—¡Qué simple eres! (*A Marcela.*) No le gustan, no.

MARCELA.—Pos, si no le gustan los espárragos, le pondremos arbóndigas. Y huevos fritos con tomate.

ISABEL.—Lo que quieras, chachín.

MARCELA.—Y pa empesá, un poquito de verdura: chícharos, ha-huelas... ¿Te paese?

ISABEL.—Lo que quieras, mujer.

MARCELA.—Güeno, güeno... (*Vase por la derecha.*)

CARMITA.—La verdad es que para ti supone un descanso muy ande tener a Marcela.

ISABEL.—Por eso me la traje conmigo desde que me casé.

CARMITA.—Y ella, tan satisfecha...

ISABEL.—¡Calcula! De vivir a mi lado, a vivir en casa de su so-ina, donde creo que las patatas las echaban a suerte...

CARMITA.—¡Pobre! (*Viendo que Isabel se levanta.*) ¿Adónde vas?

ISABEL.—(*Yendo hasta la cuna y contemplando embobada a su ja.*) No es porque sea mi hija, pero da gozo verla.

CARMITA.—¡Lo orgullosa que estás tú de tu hija!

ISABEL.—¿Y no hay para estarlo?

CARMITA.—Sí, chica, sí. En la cara se te nota lo feliz que eres.

ISABEL.—¡Muy feliz, Carmita, muy feliz! Encontré lo que so-iba: un hogar, mi hogar, éste, amasado a fuerza de lágrimas y sacrificios, formado por mí, poquito a poco, como hacen su ni-los gorriones, soy tan dichosa en él, tan dichosa, que por nada por nadie me cambiaría.

CARMITA.—Lo creo. Ya te lo anuncié yo a su tiempo. ¿No te cuerdas? No hay más hogar que el que tú te forjes casándote con n hombre que te quiera.

ISABEL.—¡Y qué verdad es! Lo he recordado tantas veces... No a un hogar la casa de mi tío Miguel...

CARMITA.—Faltaba la madre.

ISABEL.—Ni la de mi tía Matilde...

CARMITA.—Faltaban los hijos que alegrasen el matrimonio y ahu-entasen de la mujer los malos pensamientos.

ISABEL.—Ni la de mis tías Elena y Justina.

CARMITA.—Faltaba lo principal: el amor, que todo lo llena y todo perfuma.

ISABEL.—El hogar, el verdadero hogar, es éste, el mío, donde vi-en juntos un hombre y una mujer que se quieren y se respetan mutuamente y Dios les ha dado un fruto de bendición: ¡esta hija!...

CARMITA.—Bueno, ven acá y siéntate ya, que te vas a volver oca. Tienes la borrachera de la felicidad.

ISABEL.—(*Sentándose.*) La tengo. ¿A qué negarlo?

CARMITA.—Dime una cosa. De Santiago Rivera, ¿no habéis vuel-to a saber nada?

ISABEL.—Ni una palabra. Fué nuestro padrino de boda, como sabes, y al día siguiente de casarnos se despidió de nosotros para un largo viaje, y hasta hoy. De esto hace dos años.

CARMITA.—¡Qué tipo tan raro y tan extravagante!

ISABEL.—¡Y qué gran marido para ti, Carmita!

CARMITA.—¡Ay! ¡Ojalá! Bueno; dijo ojalá porque tú ya estás casada.

ISABEL.—Sí, mujer, sí.

CARMITA.—Te advierto que no le fuí nada antipática.

ISABEL.—Al contrario. ¡Así que no me habló poco de ti en aquellos días que sucedieron a vuestro conocimiento!

CARMITA.—¡Pero, como si no! El hombre tomó su tren y hasta sabe Dios cuando. ¡Tengo yo una pata!... Mira que no salirme un pretendiente ni por casualidad... Y a la altura que vivo y sin ir a ninguna parte, como no se enamore de mí un aviador... Te participo que en cuanto oigo por el aire el ruido de un motor ya estoy en la azotea. ¡Por si acaso! ¡Que por una no quede! Dios dice: ayúdate, que yo te ayudaré, y yo me ayudo lo que puedo, pero en balde, chica. Me veo con un perro, un gato, un canario, una perdiz y unos palomos como tus tías las viejas. Y me asusto de verme; no lo puedo remediar. (*La niña llora en la cuna y Carmita se levanta rápidamente y la coge en sus brazos.*) ¡Ay, que ya se despertó mi encanto! ¡Ay, que ya se despertó mi gloria!

ISABEL.—Tráela.

CARMITA.—Déjamela un ratito, mujer; no seas egoísta. Me la voy a llevar a mi casa para que mi hermana la vea.

ISABEL.—Las ganas que tendrá tu hermana de ver chicos... ¡Con los suyos tiene bastante!

CARMITA.—Pues, no te creas... Y esta picarona le hace tanta gracia... (*A la niña.*) ¿Vamos a ver a Esperanza? ¿Chí? ¿Vamos a verla? Y, ¿vamos a cantar lo que a mi niña le gusta? ¿Vamos a cantarlo? (*Cantando, levantando a la chica en alto y zarandeándola como si fuese un muñeco.*)

Quisiera ser tan alta
como la luná.
¡Pim! ¡Pom! ¡Fuego!

¡Huy, mi niña guapiña! ¡Cómo se ríe! (*La besa efusivamente y vuelve al juego anterior.*)

Para ver los soldados
de Cataluñá.
¡Pim! ¡Pom! ¡Fuego!
¡De Cataluñá!

ISABEL.—(*Asustada.*) ¡Que la vas a matar, demonio! ¡Que tú te has creído que es un juguete, y es mi hija! ¡Que la vas a matar! ¡Ven aquí! ¡Dámela! ¡Carmita! ¡Carmita! (*Y Carmita haciéndo-*

fiestas a la chica, y la madre corriendo detrás, temblorosa, des-
ırecen las dos por la izquierda. Hay una pausa. Por la izquierda ·elve sola ISABEL DE LA OLIVA.)* ¡Nada, que se la llevó, que ha habido medio de quitársela! Y la pícara chica, tan contenta las diabluras de la otra. ¡Hija de mi alma! *(Mira su reloj de lsera.)* Las seis. Se tarda hoy ya Fernando más de la cuenta. *(Sale a la terraza y se acoda en la balaustrada, de espaldas al blico. Pausa. Por la izquierda entran en escena SANTIAGO RI- ERA y FERNANDO SANTACRUZ.)*

FERNANDO.—¡Isabel! ¡Isabel! ¿Dónde se habré metido? ¡Isabel!

SANTIAGO.—¡Déjala, hombre! Ya saldrá.

FERNANDO.—¡Es tan raro que no se encuentre aquí! *(Descubriéndola en la terraza.)* ¡Mírala! ¡Isabel!

ISABEL.—*(Volviéndose.)* ¡Fernando! ¡Santiago! De usted hemos tado hablando hace poco. Parecía que presentíamos su llegada. ¡ué zambullida, hijo! ¡Dos años fuera de Madrid!

FERNANDO.—Te advierto que lo he visto por casualidad.

SANTIAGO.—Di la verdad, hombre. Por casualidad, no. Llegué ıoche y cuando iba esta tarde a buscarle a su clínica me lo he ıcontrado en la calle.

FERNANDO.—Lo que quieras.

ISABEL.—Y ¿qué tal le ha ido por ahí?

SANTIAGO.—Pues, bien. A mí me va bien en cualquier sitio, ;abel. A ustedes no hay que preguntarles, ya se les ve: rebosan-) satisfacción por todos los poros. ¡Qué sea enhorabuena!

FERNANDO.—¡Gracias, Santiago!

ISABEL.—Gracias.

SANTIAGO.—Este hombre está de una alegría irritante.

FERNANDO.—Sí, sí, irritante. Lo que me tienes es envidia. Y se xplica. ¡Cásate, Santiago! Déjate de historias pasadas y cásate. e lo digo yo. *(A Isabel.)* ¿Y la niña? ¡Verás que hija tengo, qué renda de criatura!

ISABEL.—Hace un momento que acaba de llevársela Carmita a u casa.

FERNANDO.—¡Vaya por Dios!

SANTIAGO.—¿Qué Carmita es esa? ¿La de marras?

ISABEL.—La misma.

SANTIAGO.—¿Y vive aquí?

FERNANDO.—En el piso de enfrente.

SANTIAGO.—Verdad. Ya decía yo que conocía el lugar... ¡Qué ıemoria la mía! ¡Si hasta aquí la acompañé aquella mañana!... 'ierto, cierto. Y ¿cómo está?

FERNANDO.—¡Guapísima, chico! Para que no lo pienses mucho te cases con ella la semana que viene.

SANTIAGO.—Pero, ¡qué empeño el de éste en casar a todo mundo! No me ha hablado de otra cosa. Le ha vuelto usted juicio, Isabel.

ISABEL.—Que él es muy bueno, y como me quiere...

FERNANDO.—Porque tú te lo mereces, chiquilla.

ISABEL.—¡Calla tonto!

FERNANDO.—Bueno; y ahí os dejo. Se queda a cenar con nosotr Santiago, ¿eh?

SANTIAGO.—Este se ha puesto tan pesado...

ISABEL.—Y yo, encantada. ¡No faltaba más!

FERNANDO.—Convida tú a Carmita para que le distraiga un poc

SANTIAGO.—No es necesario.

FERNANDO.—¡Tú convídala!

ISABEL.—¡Conforme!

FERNANDO.—Y yo, con vuestro permiso, voy un momento a n despacho. Necesito estudiar un caso patológico. Tengo a un enfermo grave y quisiera salvarlo.

SANTIAGO.—¡Eso es lo primero!

FERNANDO.—Verás que se te trata con toda confianza.

SANTIAGO.—Como debe ser. Entre amigos de toda la vida...

FERNANDO.—Por eso.

SANTIAGO.—¡Nada, hombre!

FERNANDO.—Dispensad. ¡Hasta ahora mismo!

ISABEL.—¡Adiós!

(*Vase Fernando por la izquierda.*)

SANTIAGO.—Es un esclavo de su profesión.

ISABEL.—Lo ha sido siempre.

SANTIAGO.—Y bien, señora de Santacruz... ¡La felicito!

ISABEL.—(*Sonriéndose.*) Muchas gracias. Santiago. Siéntese usted. (*Se sientan los dos.*)

SANTIAGO.—Basta traspasar los umbrales de esta casa para sentirse henchido de optimismo, Se respira en toda ella una atmósfera de felicidad, que acaso llevara razón Fernando al decirme que lo que yo tenía era envidia. ¡La tengo! ¿Por qué no confesarlo? Envidia de esta dicha que nunca estuvo para mí.

ISABEL.—Porque usted no la quiso, que a usted le fué ofrecida antes que a nadie.

SANTIAGO.—¿Cómo es eso, Isabel?

ISABEL.—¿No le conocí yo a usted primero que a Fernando?

SANTIAGO.—Es verdad.

ISABEL.—Y aun después de conocer a Fernando, ¿no recuerda usted una conversación sostenida por nosotros en casa de mi tío Miguel antes de yo decidirme a aceptar las relaciones que Fernando me brindaba?

SANTIAGO.—¡Es verdad! Torpe de mí, idiota yo, que no supe nprender entonces lo que ahora veo tan claramente. Me daría bofetadas por imbécil, por cretino, por...

ISABEL.—Basta, Santiago. He querido únicamente demostrarle a ted que no tiene razón para quejarse.

SANTIAGO.—No la tengo. Y, sin embargo, no dejará usted de renocer que es triste y doloroso haber contribuído inconscienteente, como yo lo he hecho, a labrar una felicidad que debió ser ra mí y que otro disfruta.

ISABEL.—Culpe usted de ello a sus prejuicios, a su odio tan sin zón para todas las mujeres.

SANTIAGO.—Tal vez.

ISABEL.—Si al menos le sirviera de escarmiento...

SANTIAGO.—No sé; no sé.

ISABEL.—Mil veces se lo he dicho, Santiago. No todas somos mas; y es una pena que un hombre como usted, tan noble y tan gno de ser dichoso, ande solo y errante por la vida, sin casa y n hogar. Aun está usted a tiempo de enmendarse. Prescinda usd de suspicacias ridículas, impropias de su talento y de su mundo, si alguna otra vez unos ojos de mujer le miran con amor, no erre los suyos y ábrale sus brazos. ¡Quién sabe si, de seguir el nsejo, acabará usted dándole las gracias a esta buena amiga que nto le quiso y tanto le quiere!

SANTIAGO.—(*Conmovido.*) ¡Isabel!

ISABEL.—¡Quién sabe!

(*Dentro suena el timbre de la puerta del piso. A poco sale por la erecha MARCELA con dirección hacia la izquierda.*)

MARCELA.—¡Caramba! ¡Er señorito Santiago!

SANTIAGO.—¡Hola, Marcela!

MARCELA.—¡Que sea bien venío er señorito!

SANTIAGO.—Bien hallada, Marcela.

MARCELA.—Con permiso, voy a abrí, que han llamao. (*Vase Marela por la izquierda.*)

SANTIAGO.—(*Después de una breve pausa.*) Bueno, Isabel; la dejo usted.

ISABEL.—¿Cómo? ¿Se marcha? ¿No ha dicho Fernando que se uedaba usted a cenar con nosotros?

SANTIAGO.—Sí, sí; pero lo he pensado mejor y me despido de stedes.

ISABEL.—¡Pero Santiago!...

SANTIAGO.—Aquí no puedo continuar.

ISABEL.—¡Santiago!

SANTIAGO.—Ni un momento más, Isabel. Discúlpeme. Esta misma

noche saldré de Madrid para un viaje del que quizás no vuelva, Me iré a Rusia, al Japón... No sé. Aun no lo tengo decidido.

Isabel.—¡Pero, Santiago!... ¿Llegó usted anoche, después de una ausencia de dos años, y hoy ya piensa en alejarse otra vez? Tiene usted la fiebre de los viajes.

Santiago.—Puede ser.

Isabel.—¡Santiago!...

(Por la derecha aparecen MARCELA y después CARMITA, con la niña en brazos. Marcela cruza la escena y desaparece por la derecha sin decir palabra.)

Carmita.—¡Mi madre! ¡Qué sorpresa!

Santiago.—¡Carmita!

Carmita.—¡El judío errante!

Isabel.—Aquí lo tienes, que iba a cenar esta noche con nosotros, y habíamos pensado invitarte a ti para que le hicieses compañía, y ahora sale de pronto con que se marcha.

Carmita.—No.

Santiago.—Sí. No tengo más remedio.

Carmita.—Pero, ¿por qué?

Santiago.—*(Dándole la mano a Isabel en señal de despedida.)* ¡Adiós, Isabel!

Isabel.—Aguarde usted un momento, hombre, que voy a decírselo a Fernando. *(Vase por la izquierda.)*

Carmita.—¿Pero por qué se marcha? ¡Qué fastidio!

Santiago.—Es indispensable, Carmita.

Carmita.—¡Vaya por Dios! ¿Conoce usted a la chica de Isabel? Mire usted qué hermosura de crío.

Santiago.—¡Mi hija ha debido ser! No me la enseñe, no quiero verla.

Carmita.—Pero, ¿cómo su hija? ¿Qué dice usted?

Santiago.—Sí, Carmita, sí. ¡Estoy loco, desesperado, ciego! Por eso me marcho. ¿Sabe usted lo que acabo de descubir? Que Isabel estaba enamorada de mí antes de conocer a Fernando, y que yo hoy me he enamorado de ella locamente.

Carmita.—¡Anda salero! ¡Pues sí que ha descubierto usted el Mediterráneo! Si eso se lo dije yo a usted a las claras el día que nos vimos por la primera vez. ¿No se acuerda?

Santiago.—No me acuerdo, Carmita.

Carmita.—Porque entonces le obsesionaba todavía aquella que resultó sin pelo.

Santiago.—¿Cómo sin pelo?

Carmita.—¡La rana, hijo!

Santiago.—¡Ah!

Carmita.—¿Y ahora salimos con otra pasión imposible? No, San-

tiago. ¡Por la Virgen Santísima! Se forja usted cada drama de los venenos que es volverse una loca.

SANTIAGO.—Carmita...

CARMITA.—Espere usted. (*A la niña.*) Anda, rica, quédate un ratito en tu cunita, que voy a ver si apaño a este otro crío. (*Deja a la niña en su cuna y se dirige a Santiago.*) Venga usted acá, hombre de Dios, siéntese usted a mi lado y escúcheme con calma. (*Santiago obedece y se sientan los dos.*) Si la vida es la cosa más sencilla del mundo, ¿a qué se empeña usted en complicársela? No hay derecho a eso, Santiago, no hay derecho. Como Isabel, que ahora, por lo visto, es la meta de su ideal, somos muchas mujeres, muchas, capaces de sacrificarnos y de esclavizarnos por hacer feliz al hombre que nos quiera.

SANTIAGO.—No conozco a ninguna.

CARMITA.—Le agradezco de todo corazón su galantería.

SANTIAGO.—Perdóneme, Carmita. No sé lo que me digo.

CARMITA.—Perdonado, hombre, perdonado. Y sin restarle méritos, que soy la primera en reconocer, ¿qué tiene Isabel que no tengamos las demás? Contésteme.

SANTIAGO.—¡Ah! No sé.

CARMITA.—¿Ternura? ¿Qué sabe usted de mi ternura si no me ha tratado? Yo soy más blanda que un merengue. Se me saltan las lágrimas de oír cantar a un ruiseñor.

SANTIAGO.—(*Sonriéndose a pesar suyo.*) ¡Deliciosa Carmita!

CARMITA.—¿Figura? De figura, allá, allá nos iremos las dos; somos casi iguales. ¿Unos ojos bonitos? Los míos, sin ser tan grandes, tampoco, creo yo, vamos, que están para tirarlos a la basura. ¿Eh? (*Le mira con los ojos muy abiertos.*)

SANTIAGO.—(*Cediendo a la sugestión de Carmita.*) Los suyos son dos luceros, Carmita.

CARMITA.—¡Ay! ¿De veras le parecen dos luceros?

SANTIAGO.—(*Exaltándose.*) ¡Dos faros!

CARMITA.—¡Santiago, por Dios!

(*Por la izquierda entra a interrumpirles FERNANDO SANTACRUZ.*)

FERNANDO.—Oye, ¿pero qué me ha dicho Isabel? ¿Que te vas al Japón? ¿Qué locura es esa, Santiago?

SANTIAGO.—(*Recogiendo velas.*) ¡Hombre, al Japón!... Quien dice al Japón dice a Grecia, a Italia, a Suiza...

FERNANDO.—Es que no es lo mismo, chico. Me habías asustado. Voy a contárselo a mi mujer para que se tranquilice. (*Vase por la izquierda.*)

CARMITA.—¿Pero de veras que se marcha usted, Santiago?

SANTIAGO.—¿Usted no quiere que yo me marche, Carmita?

CARMITA.—No.

SANTIAGO.—¿Por qué?

CARMITA.—Es indiscreta la pregunta.

SANTIAGO.—Retirada la pregunta. Pero usted no quiere que yo me vaya.

CARMITA.—No, señor.

SANTIAGO.—Basta con eso.

CARMITA.—¿Y por qué basta?

SANTIAGO.—También en este caso es indiscreta la pregunta.

CARMITA.—Pues queda retirada.

SANTIAGO.—Conforme.

(*Por la izquierda entra ISABEL DE LA OLIVA.*)

ISABEL.—(*A Santiago.*) Oiga usted, ¿pero qué informalidad es esta? Ahora resulta que del Japón, nada menos, se queda usted en Suiza? ¡Así que no va diferencia de kilómetros!

SANTIAGO.—(*Recogiendo velas otra vez.*) Señor, quien dice en Suiza, dice en Marsella, dice en San Sebastián, dice en Burgos...

ISABEL.—Es que la cosa varía, Santiago. Se lo comunicaré a Fernando para que no se alarme. Burgos está a dos pasos... Oye, Fernando, que Santiago dice... (*Vase por la izquierda.*)

SANTIAGO.—(*Cogiéndole las manos a Carmita.*) ¡Míreme usted, Carmita!

CARMITA.—(*Sorprendida.*) ¿Qué pasa?

SANTIAGO.—(*Con vehemencia.*) ¡Míreme usted así un momento, muy fija!...

CARMITA.—(*Con la voz velada por la emoción.*) ¡Que voy a salir movida, Santiago!

SANTIAGO.—¿Por qué?

CARMITA.—Porque me estoy poniendo muy nerviosa.

SANTIAGO.—En dos palabras, para acabar pronto. ¿Sería usted capaz de casarse conmigo?

CARMITA.—(*Temblorosa.*) ¿Pues no ves que sí, ladrón?

SANTIAGO.—(*Abrazándola.*) ¡Carmita!

(*Por la izquierda entran ISABEL DE LA OLIVA y FERNANDO SANTACRUZ.*)

FERNANDO.—(*A Santiago.*) Tú, pero entendámonos... ¿Primero al Japón, luego a Suiza y ahora a Burgos?

SANTIAGO.—No te preocupes. Me quedo en Madrid y a cenar con ustedes esta noche.

FERNANDO.—Eso está bien.

SANTIAGO.—¡Y ahí va la bomba! ¡Me caso con Carmita!

FERNANDO.—¡Chico!

ISABEL.—¿De veras?

SANTIAGO.—Sí.

ISABEL.—¡ Carmita!

CARMITA.—¡ Déjame salir un instante!

ISABEL.—¿ Pero adónde vas?

CARMITA.—¡ Déjame salir! (*Y vase escapada por la izquierda.*)

ISABEL.—(*Sin comprender la huída.*) ¡ Bueno!

FERNANDO.—¡ Te felicito, Santiago! Has hecho lo mejor de tu vida. Sustraerse a la influencia de la mujer es imposible.

ISABEL.—Y usted me dará las gracias.

SANTIAGO.—Por adelantado, Isabel. Pero, ¿y Carmita?

ISABEL.—Ha salido escapada no sé adónde.

SANTIAGO.—¡ Qué raro!

(*Por la izquierda vuelve CARMITA trayendo en las manos atados dos voluminosos paquetes de cartas.*)

FERNANDO.—(*Al ver a Carmita.*) Aquí está.

CARMITA.—¡ Lo prometido, chico! Mi correspondencia atrasada.

SANTIAGO.—¡ Ah!

CARMITA.—Tómala, léetela y... ¡ Fíjate el tiempo que llevamos de relaciones! ¡ A ver si arreglas pronto los papeles!

SANTIAGO.—(*Riéndose.*) ¡ Descuida, mujer, descuida! (*Por la derecha sale una escoba y le da un escobazo en la cabeza a Santiago, el cual se vuelve sorprendido.*) ¡ Caray! ¿ Qué es esto?

(*Por la derecha sale MARCELA, portadora de la escoba.*)

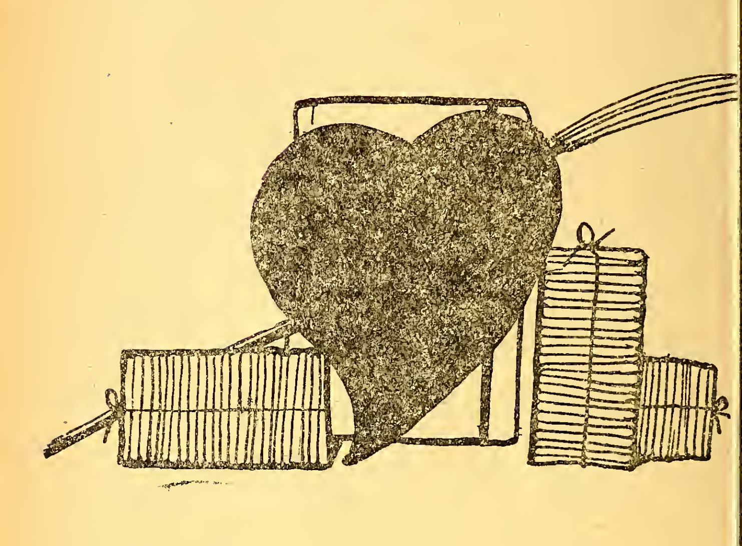
MARCELA.—¿ Sigo, señorito Santiago?

SANTIAGO.—¡ Marcela! ¡ No, por Dios!

MARCELA.—¿ Lo ve usté, señorito; lo ve usté?...

(*Y entre la alegría de todos cae el telón por última vez.*)

FIN DE LA NOVELA



RIVADENEYRA (S. A.).—MADR